BOLSILIBROS BRUGUERA

POLICIACA

SERIE

LA HUELLA

Lou Carrigan

HARRY AND HARRIETT



Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

COLECCION

LA HUELLA

LOU CARRIGAN

HARRY AND HARRIET

Capítulo primero

En el buzón para correspondencia lo ponía bien claro:

HARRY STAR
Licensed Private Investigator

O sea, que era poco probable que una carta dirigida a este nombre, y con la dirección correcta de 1.212 Brickell Avenue, Miami, se perdiese.

Por lo tanto, si no había ninguna carta en el buzón, era por la sencillísima e indiscutible razón de que nadie había escrito a Harry Star... El cual pasó la mano por dentro del buzón, con gesto entre humorístico e irritado, quizá como quien espera el milagro de que el movimiento de la mano se convierta en un pase mágico y aparezca una carta.

Pero el milagro no se produjo, así que Harry Star cerró el buzón, y se dirigió hacia el ascensor, que en aquel momento se hallaba en una de las plantas superiores. Mientras esperaba, encendió un cigarrillo, pensando que quizá aquel día sonase el teléfono, al menos.

El teléfono...

Este era uno de los sueños dorados de Harry Star, detective privado: tener varios teléfonos y varias secretarias, así como un par de docenas de ayudantes, que harían los trabajos tontos, mientras que él sería el *gran cerebro* de lo que, en un futuro muy cercano, tenía que convertirse su modesta oficina: una gran Agencia de Investigación.

Sí, señor. Muchos teléfonos y muchas secretarias, que continuamente le estarían requiriendo:

«Señor Star, un sultán requiere sus servicios: solicita que nos dediquemos a vigilar a sus setenta y nueve esposas. Está dispuesto a pagar cien mil dólares al contado y cincuenta mil cada día, para gastos.»

«Señor Star, el rey del chocolate ha perdido su anillo de casado, y quiere que usted lo encuentre: ofrece pagar doscientos cincuenta mil dólares.»

«Señor Star, el presidente de los Estados Unidos solicita humildemente sus servicios para que investigue usted el pasado, el presente y el futuro del nuevo jefe de la CIA. Le pagará con la Medalla de Honor del Congreso.»

«Señor Star, han robado uno de los proyectiles «Apolo», y la NASA le ofrece a usted un millón de dólares si lo recupera.»

–Señor Star: ¿va usted a subir?

Harry Star entornó los ojos y ladeó la cabeza. ¡Caramba! Aquella voz femenina había sonado con demasiada claridad en sus orejotas...

Giró un cuarto de vuelta a su derecha, y entonces sus sueños, como siempre, hicieron *pop*, y se desvanecieron, al mismo tiempo que, también como siempre, tenía la desagradable sensación de que caía perfectamente sentado al durísimo suelo. Desengaño de desengaños: allá estaba la realidad.

La realidad era aquella tal señorita Baker, la secretaria del mucho más afortunado Joe Nelligan. El maldito Joe Nelligan, que tenía un despacho dos

pisos más abajo del suyo, y que, quizá por eso, le birlaba todos los clientes. De todos modos, quizá la culpa había sido suya, del propio Harry, porque, vamos a ver: ¿a quién se le ocurría instalar su oficina en un edificio donde había ya otro detective privado, más veterano y con secretaria, y que además tenía su oficina dos pisos más cerca del suelo? Pues eso sólo se le ocurría a un tonto como a Harry Star, no cabía duda.

Harry Star se llevó una mano a su orejota, y echó hacia delante el pabellón auditivo, con gesto asaz impertinente.

–¿Qué? –preguntó.

La señorita Baker, la secretaria del bienafortunado..., y maldito rival Joe Nelligan, se mordió un poquito los labios, y musitó:

–Que si va usted a subir.

–¿Adónde?

–Pu... pues arriba, claro..

–Qué vulgaridad –sonrió Harry–: yo voy a subir abajo.

La señorita Baker se quedó mirándolo entre pasmada y quizá un poquito mosqueada. A Harry Star no le gustaba la señorita Baker. No le gustaba lo que se dice nada, nada, nada. Primero, porque era la secretaria del maldito Nelligan. Segundo, porque a Harry le producía la impresión de ser una panocha vestida y peinada con moño. Y además, horror de horrores, llevaba lentes.

Y jamás usaba minifalda, ni zapatitos graciosos, ni escotes... Ni siquiera se pintaba, ni maquillaba... ¡Ni nada de nada, vamos! Es decir, que era una cuarentona de esas perfectas para pasar una velada mortalmente aburrida.

Pero eso sí: tenía una facha de eficiente, que aterraba. El buen Harry Star se imaginaba a la solterona señorita Baker atendiendo a la vez el teléfono, el dictado de una carta, una visita, y, para no perder el tiempo, hacer calceta. ¡Qué cabello tan rojo tenía, la condenada! Eso sí, siempre olía muy bien... De un modo sutil, delicado. Y según como la mirase, sus piernas casi le parecían sensacionales. Sólo que, claro, ¡veía tan poca parte de ellas...!

–Usted puede subir abajo, si lo desea –dijo, muy educada, la señorita Baker–, pero si me deja pasar, yo subiré arriba, a hacer mi trabajo. Ya son las diez.

Harry Star se dio cuenta, entonces, de que el ascensor estaba ante él. Tan delante de él, que si no se apartaba, la señorita Baker, ciertamente, no podría tomarlo.

Harry Star sonrió de orejota a orejota.

–Le ruego a usted que me perdone, señorita Baker. Y que me permita facilitarle cómodamente el acceso a esta diabólica cabina que sirve para no cansarse y para atrofiar las piernas de los seres humanos. ¿Me concede el honor?

Se inclinó elegantemente, y la señorita Baker le miró con una chispita de curiosidad, al parecer.

–Gracias –murmuró.

Entraron los dos, y Harry pulsó el botón del tercer piso.

–Subiendo... –dijo–. Hermoso día de otoño, ¿verdad, señorita Baker?

–Sí... –parpadeó ella–. Muy hermoso.

Harry Star volvió a sonreír. La verdad era que nunca se había fijado demasiado bien en la señorita Baker, en aquellas semanas que llevaba allí. Y bien mirada, no era fea del todo. Y hasta tenía los ojos grandes. Y verdes, claro...

–¿Y por qué no se quita usted los lentes, para verlo mejor?

–¿Có... cómo dice...?

–Digo que si se quita usted los lentes, verá mejor este hermoso día. Sus ojos no están mal... ¿Por qué todas las pelirrojas tienen los ojos verdes? Bueno, todas, todas, no..., pero casi todas. ¿Por qué?

–Debe ser una cuestión de cromosomas, o algo así –dijo la señorita Baker.

Harry Star volvió a adelantar su pabellón auditivo derecho, por supuesto con gesto impertinente.

–¿Cuestión de qué? –se pasmó.

–De cromosomas.

–Caracoles, ¡cuánto sabe usted! Apuesto a que el señor Nelligan no sabe valorarla adecuadamente. ¿Verdad que le paga poco?

–Más bien todo lo contrario.

–Vaya, hombre... Por cierto, hace un par de días que no veo a ese..., al señor Nelligan. ¿Se ha muerto? Porque si es así, yo podría darle empleo a usted... Le pagaría poco, pero estaría usted todo el día viendo mis hermosas facciones de guapo tirando a bello. Todo, en esta vida, tiene sus compensaciones. ¿Qué le parece?

–Me parece –dijo ella– que hemos llegado ya a mi piso.

–Lamentable. ¿Qué me dice de mi oferta?

–Pensaré en ella si el señor Nelligan se muere. ¿Me permite salir, por favor?

Se quedaron mirándose. Era la primera vez que hablaban más de cinco segundos, y parecían sentir curiosidad el uno por el otro. A Harry Star se le ocurrió que sería muy interesante saber lo que la señorita Baker pensaba de él, pero tuvo la certeza de que ella no se lo iba a decir.

Así que abrió las puertas, salió, y se inclinó cuando la señorita Baker abandonó la cabina para dirigirse hacia el despacho del maldito Nelligan, musitando:

–Buenos días.

–Buenos días y a sus pies, señorita Baker. Y ya sabe: si prefiere contemplar mi hermoso rostro en lugar del horrendo mascarón de Nelligan, estoy dos pisos más arriba. Que usted lo pase bien.

La estuvo mirando hasta que ella introdujo el llavín en la cerradura de la puerta de cristales donde, con letras grandes, ponía que Joseph Nelligan era detective privado. Cuando ella entró allá, le miró las piernas.

«No, señor... –se dijo–. No están mal del todo. Más bien resultan unas

pantorrillas dignas de elogios.»

Se metió en el ascensor, subió al quinto piso, que además era el último, y poco después entraba en su despacho.

Tenía muchísimas cosas que hacer. A saber: cerrar la puerta, caminar hasta su mesa, apagar el cigarrillo en el cenicero, mirar el teléfono con la esperanza de que sonase, desplazarse hasta la ventana y mirar el azul del mar en Biscayne Bay, fruncir el ceño, encender otro cigarrillo, dejar de mirar la bahía, sentarse en su sillón giratorio, poner los pies sobre la mesa, y quedarse mirando de nuevo el teléfono.

Agotador.

Pero pudo hacerlo.

Y en voz alta, dijo:

–Vamos, teléfono maldito..., ¡suena!

¡Triliiiinngggg!, sonó el teléfono, obediente.

Los grises ojos de Harry Star se abrieron mucho, y el cigarrillo casi escapó de sus labios.

¡Triliiiinngggg!

Descolgó el auricular, aspiró hondo, y con voz grave y profunda, dijo:

–Agencia de Invest...

–¿...?

–Sí... Soy yo. ¿Es usted, señorita Baker?

–...

–No, no me molesta. ¿Qué le ocurre?

–¿...?

–Pues sí... Sí, claro: bajo en seguida.

–...

–No se merecen. Allá voy. Oiga: ¿acaso ha decidido usted aceptar mi oferta?

–...

–¿No? Vaya... Eso debe significar que no le gusta mi cara tanto como a mí, ¿verdad?

–...

–De acuerdo, de acuerdo: voy para ahí.

Colgó, se puso en pie, y salió del despacho. Bajó los dos pisos a pie, y poco después llegaba ante la puerta de la oficina del maldito Nelligan, pensando que debía estar equivocado, y que la voz de la señorita Baker no sonaba como asustada...

No tuvo necesidad de llamar, porque la puerta se abrió apenas estuvo delante. Sabia deducción: la señorita Baker le había estado esperando. La vio ante él, con los ojos muy abiertos, y, ya no cabían dudas, con expresión asustada.

–¿Qué le pasa? –Harry le tomó solícitamente una mano–. ¿Se encuentra usted mal?

–No... No. Por favor, pase.

Se apartó y señaló hacia el fondo de la oficina. Harry entró, cruzó la pequeña salita de espera, y entró en el despacho que compartían el maldito Nelligan y la señorita Baker. Y apenas entrar aquí, Harry Star comprendió que la señorita Baker tenía motivos para estar, cuando menos, sobresaltada: el despacho, de arriba a abajo, parecía un gran cubo de basuras. No había ningún cajón en su sitio, los ficheros estaban abiertos y saqueados, las sillas, la mesa, los dos sillones, el sofá del rincón..., todo, todo, todo, estaba removido, volcado, reventado, rasgado...

–Pero..., ¿qué ha pasado aquí? –exclamó.

–No..., no lo sé... Entré, y... y lo vi así... Supongo que le estoy molestando, pero..., me he asustado, y...

–Ya le he dicho que no me molesta, señorita Baker. Al contrario: gracias por confiar en un colega. Bueno, demonios... –se rascó la coronilla–, parece que por aquí haya pasado un huracán. Porque supongo que ésta no es su manera de tener en orden una oficina.

–Claro que no... Ayer, cuando me fui a casa, todo estaba bien, en orden... Como siempre.

–Caracoles, qué salvajada... Bueno, y todo esto, ¿por qué?

–No lo sé. Se lo han llevado todo.

–¿Todo?

–Todo lo de los archivos. Parece... que no han dejado nada.

–Bien... No sé. Supongo que tendríamos que llamar a su jefe, ¿no le parece? A fin de cuentas...

–Ya le he llamado, antes que a usted –se sonrojó un poco la señorita Baker–, pero no contesta. Y ayer tampoco contestaba.

Harry Star se quedó mirando fijamente a la secretaria de su afortunado rival de profesión.

–Si no entiendo mal, usted me está diciendo que ayer no pudo ponerse en contacto con Nelligan, y que tampoco lo ha conseguido ahora... ¿Está él fuera de Miami, quizá? Recuerde si él...

–No, señor. Si estuviese fuera, yo lo sabría. Siempre me advierte de sus viajes. Si no me ha dicho nada, es que está en Miami.

–Pero... Veamos: ¿cuánto hace que no lo ve?

–Desde anteanoche.

–¿Y él no la ha llamado a usted?

–No. Ayer lo llamé varias veces, pero no contestó. Parece que no está en su casa... ¡Oh, Dios mío! Quizá ha tenido un accidente, y está en un hospital, o... o algo así...

Harry Star frunció el ceño. Quizá la señorita Baker tuviese razón, pero él no veía ninguna relación entre un posible accidente ocurrido a Joe Nelligan y aquel huracán en su oficina. Decidió que era mejor no asustarla, no hacerla partícipe de sus muy diferentes ideas al respecto. A él, todo aquello le sugería que su colega Nelligan había metido las narices en algún sitio que no les convenía a otras personas.

–Sí... –dijo con tono tranquilo–. Podría ser eso. Mire, la ayudaré a poner todas las cosas en su sitio, y... No. Eso lo haré yo solo. Usted debería llamar a la policía, preguntando si tienen noticia de algún accidente referido a Nelligan. A la policía, hospitales... Ya sabe, ¿no?

–Sí... Sí.

–Supongo que ésa es su mesa.

La señorita Baker asintió con un gesto. Entre ella y Star pusieron bien la mesa, y el teléfono encima. Harry acercó una silla, y ella se sentó y descolgó el auricular... Y mientras la señorita Baker iba llamando, Harry fue colocando bien los muebles y los ficheros. No quedaba en ellos ni un solo papel. Ni en la mesa de la señorita Baker, ni en la del propio Nelligan... Limpieza total, aunque a lo bruto. Y aún había más: cuando se acercó a la caja fuerte empotrada que vio tras el cuadro que se separaba de la pared como la tapa de un libro, la encontró también abierta y vacía. Había sido muy hábilmente forzada. Por un profesional, desde luego.

Para Harry Star, la cosa no podía estar más rotundamente clara: alguien había robado todo el papeleo de Joe Nelligan porque podía resultar peligroso para él. Y en cuanto a Nelligan... Mal asunto. La verdad era que en aquel momento Harry Star no habría dado ni un centavo por el pellejo de su colega.

Por fin, tras un par de minutos de reflexión, se quedó mirando a la señorita Baker, que estaba colgando el teléfono. Ella movió negativamente la cabeza, cada vez más preocupada.

–No saben nada de él en ningún sitio...

–No me sorprende.

–¿Qué... qué quiere decir?

–Pues que... que quizá él esté de viaje, claro. Es muy posible que no tuviese tiempo de avisarla, o que no haya pensado en ello, y que... ¿No, verdad?

–No.

–Bien... Caramba, ¿qué demonios quiere que le diga, señorita Baker? Oiga, ¿por qué me mira así?

–Por... por nada...

–Pues me mira usted como si yo fuese lo más parecido a un monstruo, según mi impresión. Y aunque no soy tan guapo como yo mismo quiero creer, tampoco soy un mons... Un momento. Por todos los demonios... ¿Está usted pensando que yo he tenido algo que ver con esto?

La señorita Baker tragó saliva, y movió la cabeza.

–No... No, señor...

Harry Star enrojeció, lo cual no le sucedía desde hacía un montón de años.

–¡Maldita sea mi estampa...! –tronó–. ¿Tengo yo cara de robarle los archivos a un colega? ¡Le tengo una envidia atroz al maldito Nelligan, pero de eso a...!

–No..., no se enfade usted, señor Star... Es que... Bueno, sinceramente, sí, se me ha ocurrido pensar que usted podría haber... Lo que quiero decir... Pero

no. Ya comprendo que... que no...

–¡Ah! ¿Lo comprende? ¡Bueno, pues váyase al infierno, y arrégleselas como pueda, so fea! ¡Estaría bueno! Estaba dispuesto a ayudarla en lo que fuese, pero si piensa esas cosas de mí, ¡usted y su jefe se pueden ir al infierno! ¡Ahí se queda!

Y salió del despacho, cada vez más rojo de ira.

Tan sólo cinco minutos más tarde, llamaban a la puerta del suyo. Abrió, y frunció el ceño.

–Y ahora, ¿qué quiere? –mascullió.

–He cerrado la oficina, y... y he venido a pedirle que me disculpe, señor Star. Perdóneme, pero es que a veces, el señor Nelligan hacía algunos comentarios sobre usted... Bueno, le pido perdón...

–Está bien... ¡Demonios, yo también le pido perdón a usted, por llamarla *so fea*! Lo siento, señorita Baker. Estaba muy irritado.

–Sí, lo... lo comprendo. ¿Qué cree que debo hacer? ¿Avisar a la policía, o...?

–Oiga, está bromeando, ¿eh? –gruñó Harry–. ¿Desde cuándo un detective privado recurre a la policía?

–Pe... pero yo..., yo no soy detective privado, y...

–Tiene usted uno muy bueno delante. Y no muy caro: quinientos dólares de anticipo, y cien diarios. Al terminar el trabajo, se completa la tarifa, según los riesgos. ¿Qué le parece?

–Yo... ¡Sí, sí!, le contrato.

–Esto sí que es extraordinario –farfulló Harry–: la secretaria de un detective privado contratando a otro detective privado... Le diré una cosa, señorita Baker: si todas las personas que me conocen tuviesen de mí el concepto que tiene usted, lo mejor que podría hacer es tirarme a la bahía con un saco de calderilla atado al cuello.

–¿Qué... qué quiere decir?

–Supongo que sabe usted dónde vive su jefe.

–Sí, claro...

–Pues vamos allá: empezaremos por el principio, esto es, buscando al maldito Nelligan. En alguna parte ha de estar... Vamos, tengo abajo un pedazo de coche.

Capítulo II

No era propiamente un «pedazo» de coche, pero sí un trasto viejo, que, de todos modos, funcionaba bastante bien. Con él llegaron a Hialeah, el distrito de los canales de Miami, donde, en el número 560 de la West 29th Street tenía Joseph Nelligan su domicilio particular: una linda casita blanca y de persianas azules, con jardín y una diminuta piscina.

–¿Es aquí? –frunció el ceño Harry.

–Sí.

–Vaya. Parece que las cosas van bien por su oficina, ¿eh? ¿Sabe lo que voy a hacer en cuanto terminemos con esto? Pues me voy a largar de ese edificio, y buscaré otra oficina, bien lejos del maldito Nelligan... A ver si así tengo más suerte. O más clientes, que es lo mismo. ¿Tiene usted llave?

–¿De dónde?

–Por el cielo... ¡De la casa de su jefe!

–¡Claro que no! –exclamó la señorita Baker.

–Calma, calma: no he dicho nada. Bueno, vamos a ver si mi colega ricacho está en casa.

Salieron del coche, abrieron la pequeña puertecita blanca de madera sostenida en las vallas del mismo color, y recorrieron el corto sendero hasta el porche. Harry Star pulsó el timbre, mientras miraba a todos lados, expectante. Nadie se fijaba en ellos. Allí todo eran casitas independientes, con jardín, y al parecer todavía no era la hora de salir a tomar el sol.

–Parece que no está –murmuró la señorita Baker.

–No se mueva de aquí.

Dicho esto, Harry Star rodeó la casa, desapareciendo de la vista de la señorita Baker. Pero reapareció, apenas un par de minutos después..., en el umbral de la puerta, que abrió desde dentro de la casa. La señorita Baker se quedó mirándolo estupefacta, y su desconcierto aumentó cuando Harry preguntó, cortésmente:

–¿Por quién pregunta, señorita?

–Pe... pero...

–¡Pase de una vez! ¿No se da cuenta de que pueden vernos y avisar a la policía?

La tomó de un brazo, tiró de ella hacia dentro, y cerró la puerta. Señaló hacia el fondo de la casa.

–Vamos a buscar a Nelligan. No sería el primero que ha fallecido de un colapso o así, mientras se baña o se prepara la comida. Y por favor, pase lo que pase, no grite.

–Usted..., usted me está tomando por tonta, señor Star.

–¿Y no lo es?

–No, señor. Lo que pasa es que usted me... me desconcierta continuamente. Pero no soy ni tonta, ni miedosa.

–Caracoles... Bueno, pues enhorabuena. Echemos un vistazo. Aquella puerta debe ser la del despacho privado. Veamos qué hay.

Pues había el mismo desorden que en la oficina de Brickell Avenue, sencillamente. Todo revuelto, movido, rasgado... Harry Star miró de reojo a la señorita Baker, pero, al parecer, ella estaba ya imponiéndose en el asunto, y, simplemente, miraba. Y hasta dijo:

–Están buscando algo que tiene el señor Nelligan.

–Eso parece. Veamos el resto de la casa.

Por supuesto, Joe Nelligan no estaba. El resto de la casa aparecía en aceptable orden, es decir, el que podía esperarse de un hombre que vive solo. Habían tres dormitorios, pero sólo uno de ellos estaba ocupado, naturalmente por Nelligan. La cama estaba abierta, con la sábana y la manta a un lado, y se comprendía fácilmente que no había sido hecha desde la última vez que fue utilizada.

–De donde podría desprenderse –murmuró Harry– que Nelligan salió de aquí con ciertas prisas... ¿Está de acuerdo?

–Sí. Y eso muy bien pudo ser anteanoche, a cualquier hora, desde que nos despedimos el señor Nelligan y yo.

–Sobresaliente. Vea el teléfono sobre la mesita de noche... ¿Qué le sugiere?

–El señor Nelligan podía estar ya en la cama, lo llamaron por teléfono, y él acudió a una cita.

–Con su último cliente, tal vez. Supongo que sabe usted su nombre.

–¿El del último cliente? Sí, claro. Pero dudo que esa señora le llamase, porque el caso quedó resuelto.

–¿Una señora? ¿Qué caso?

–Pues... Bueno, señor Star...

–Oiga, ahora es usted mi cliente, ¿no? Y si no me ha de decir todo lo que sabe, no tiene caso que trabaje para usted.

–Tiene razón... Era una señora anciana, de unos... sesenta y cinco años. Vino a contratar al señor Nelligan para que investigase a uno de sus nietos, un muchacho de dieciocho años... La pobre señora creía que el muchacho era adicto a las drogas, que se reunía con otros para consumirlas...

–¿Y...?

–No. No era cierto.

–Menos mal. Bueno, caso resuelto... ¿Qué otros casos? ¡Oh, maldita sea! Podríamos empezar a trabajar, bien, de verdad, si dispusiéramos del fichero. ¡Con todas las fichas a mi alcance podríamos...!

–¿Usted querría echar un vistazo al fichero del señor Nelligan? No sé si a él le gustaría, señor Star.

–¿Qué más da? De todos modos es imposible, puesto que se lo han llevado todo...

–Todo, no. Supongo que lo del Banco no han podido llevárselo.

–¿Lo del Banco? –la miró vivamente Harry.

–El señor Nelligan siempre tomaba película de todas las fichas. En microfilme. Tiene todo su archivo en una caja de alquiler.

–Estupenda organización –admitió Harry–. Pero a menos que encontremos a Nelligan, ¿de qué nos sirve saber eso?

–Es que yo tengo una llave de esa caja de alquiler.

Harry Star se quedó con la boca abierta. Luego, se sentó en el borde de la cama, y se quedó mirando a la señorita Baker. Por fin, movió la cabeza como admitiendo que no estaba soñando.

–¿Y con qué propósitos le dio Nelligan a usted esa llave? Se supone que querría tener un duplicado secreto de sus archivos, ¿no?

–Secreto, quizá. Pero no conmigo, que podía mirar las fichas originales siempre que quisiera. Además, yo misma fui varias veces a llevar los microfilmes a la caja del Banco.

–Me parece que el que está quedando como un tonto, ahora, soy yo, señorita Baker. Mire, entiendo muy bien su resistencia a dejarme fisgonear en ese archivo, pero...

Harry, que miraba a todos lados mientras hablaba, se calló de pronto, y se quedó mirando el pequeño block de notas que había en el soporte del teléfono. Lo retiró de su ranura, lo miró con gran interés, y frunció el ceño.

–¿Quiere un lápiz? –ofreció la señorita Baker.

–Sí, por favor. Empieza usted a gustarme. No es tonta, no.

Ella sacó un lápiz del bolso, y Harry comenzó a pasarlo por la primera hoja del block, con gran cuidado, suavemente, creando una sombra en la que, poco a poco, comenzó a distinguirse el grabado de lo que se había escrito en la hoja de encima, que lógicamente debía de haberse llevado Joe Nelligan. La señorita Baker lo estuvo mirando unos segundos. Luego, miró a su alrededor, se acercó al armario, lo abrió, y echó un vistazo. No, señor: Nelligan no se había ido de viaje, porque todo el armario estaba lleno de ropa, y, en el estante superior, la maleta que ella había visto en algunas ocasiones...

Por su parte, Harry Star estaba consiguiendo sus propósitos, sin prisas. De momento, tenía dos letras, un número, y un guioncito: «JE 5-...» Un minuto después, lo tenía todo. Todo el número telefónico completo: «JE 5-4790.»

Arrancó la hoja, y se la tendió a la señorita Baker, que estaba medio oculta por una de las puertas del armario.

–¿Sabe de quién es este número, señorita Baker?

Ella salió de entre las puertas del armario, con una cartulina en una mano... No. No era una cartulina, sino una fotografía del tamaño de un folio, orientada hacia ella. Tomó la hoja del block, miró el número, y movió negativamente la cabeza.

–No... –dijo–. Pero quizá sea de ella.

–¿De ella? ¿De quién?

La señorita Baker le tendió la fotografía, Harry le dio la vuelta, y respingó. Luego, miró a la secretaria, y sonrió.

–Caracoles... –murmuró–. ¡Vaya bombón! ¿Dónde estaba?

–En la puerta del armario, dentro, detrás de las corbatas.

–Debía estar ahí para abrigarse un poco...

Se quedó mirando a la rubia que aparecía en la fotografía, a cuerpo entero. Era un encanto, un bomboncito sonriente, que mostraba una pose sugestiva, invitadora. Llevaba la misma ropa que un calamar recién pescado, o sea, ninguna. Todo un encanto.

–¿La conoce usted, señorita Baker?

–No. Y el señor Nelligan me había parecido siempre mucho más serio de lo que indica la presencia de esa fotografía en su armario. Es una indecencia.

–Es una fotografía artística –sonrió Harry–. Y está hecha en un estudio, desde luego. Mmm... Libby. Supongo que éste debe ser el nombre del fotógrafo, o del estudio en cuestión. ¿No hay más fotografías como ésta?

–No.

–Bueno... Puede ser un capricho de Nelligan, o puede ser la fotografía de una amiga, o algo así. ¿Qué decide, respecto a lo de ir a buscar esos microfilmes del archivo?

–No he decidido nada aún.

–Pues no disponemos de toda la vida, francamente. ¿Quiere que le diga una cosa poco agradable, señorita Baker? En mi opinión, su jefe está..., digamos que pasando algunos apuros. O sea...

–¿Cree que lo han matado?

–Quizá eso sea llevar las cosas demasiado lejos... –susurró Harry–. Pero de todos modos, a mí todo esto me parece un asunto feo. Usted lo ha entendido muy bien: quieren algo que él tenía..., o tiene. Han estado en la oficina, y aquí. Lo han revuelto todo, han hecho lo que han querido, destrozando muebles, tapizados... No sé si me comprende.

–Usted cree que quizá han matado al señor Nelligan, y que ahora, como no pueden preguntarle dónde está lo que buscan, están recurriendo a procedimientos expeditivos.

–Yo no lo habría explicado mejor.

La señorita Baker quedó unos segundos pensativa, fija la mirada en el suelo. Por fin, susurró:

–Le dejaré ver los microfilmes.

–Y habrá que hacer copias ampliadas.

–Sí, claro...

Harry Star alzó la fotografía de la muchacha rubia, y volvió a sonreír.

–Y me parece –dijo– que ya tenemos fotógrafo: mataremos dos pájaros de un tiro. ¿Está segura de que no recuerda a quién pertenece ese número de teléfono?

–Segura.

–Bien... Empezaremos por los microfilmes y la fotografía de... ¿Le parece bien que la llamemos Blondie?

–Yo no la llamaría así, pero no pienso discutir.

–Yo tampoco. Así que vamos a buscar eso... Y a propósito de nombres, señorita Baker: ¿cuál es el suyo?

–Harriett.

–Caramba... ¿Qué me dice? ¿No es divertido? Yo me llamo Enrique, y usted Enriqueta.

–¿Qué tiene eso de divertido?

–¿Y yo qué sé? Harry y Harriett... Bueno, usted dirá lo que quiera, pero a mí, sí me parece divertido. Vamos al Banco.

Y Harry y Harriett, salieron de la casa.

Capítulo III

–¿No tiene más apetito? –se interesó amablemente Harry–. Pida algo más, señorita Baker: lo que quiera.

–No, gracias. Por mí, está bien.

–Se lo digo como amigo, entienda: al fin y al cabo, todos estos gastos los va a pagar la oficina de su jefe.

–Creí que me invitaba usted personalmente.

Harry Star se la quedó mirando, lleno de pasmo.

–¿Yo? ¿Y por qué motivo? Estamos trabajando, ¿no es así? Y no tengo por qué gastar dinero de mi bolsillo cuando estoy trabajando. La cosa sería diferente si usted no representase a una agencia que me ha contratado. ¿Café?

–Sí; café sí, claro.

Harry chascó dos dedos hacia el camarero, y pidió dos cafés. Luego, encendió un cigarrillo, y se quedó pensativo, apoyado de codos en el mostrador del *snack* donde habían almorzado. Entre unas cosas y otras se habían hecho las doce y media, y decidieron que era mejor tomar un bocado antes de ir a ver al fotógrafo llamado Libby, que a su vez, seguramente, también estaría almorzando.

Sí, señor: el maldito Nelligan estaba bien organizado. En la caja del Banco no sólo estaban los rollos de microfilmes, dentro de varios sobres en los que se especificaba, con sencilla clave, su contenido, sino que también habían encontrado dinero, una pistola, y dos pequeñas cámaras fotográficas, de bolsillo. Habían recogido solamente los sobres con las microfotos que podrían recomponer todo el archivo, y naturalmente, la señorita Baker, que conocía las claves, podría clasificarlas adecuadamente en cuanto tuviesen las copias ampliadas...

Les sirvieron los cafés, y Harry se volvió hacia la señorita Baker, abrió la boca..., y se quedó así, al verla con un cigarrillo en la mano.

–Pero..., ¿usted fuma? –se sorprendió.

–Poco, pero fumo.

–Bueno, pues perdone que no le haya ofrecido un cigarrillo.

–¡Oh, no se preocupe, señor Star! No tiene por qué poner usted nada de su bolsillo.

–¡Atiza, qué sarcástica...! –rió Harry–. Pero un cigarrillo se le da a cualquiera, mujer. De verdad, creía que no fumaba. Quizá porque me recuerda usted a una maestra que tuve.

–¿Qué tiene que ver el tabaco con su maestra?

–Es que ella decía que el tabaco es un veneno propio para idiotas... –Harry Star dio una chupada a su cigarrillo–. Y el caso es que tenía razón. ¿No es curioso? Cuando tenía doce años, aquella maestra me parecía el ser más cretino y cargante del mundo. Ahora, que tengo quince, resulta que le voy dando la razón en todo a mi vieja y querida señorita Rosenwall.

–Gracias por llamarme vieja, señor Star.

–¿Eh? ¿Qué dice?

–Si le recuerdo a su maestra, «la vieja» señorita Rosenwall, es que le parezco vieja. Pero, claro, tampoco puede sorprenderme mucho en un muchacho de su edad. ¿Ha dicho que tiene quince años? Yo le había calculado diecisiete, por lo menos.

Harry Star se quedó de nuevo lleno de pasmo. Pero, de pronto, se echó a reír.

–Usted me va gustando, señorita Baker.

–¿Como maestra?

–No... –volvió a reír él–. Tiene usted chispa. ¿Cuántos años tiene?

–¿Cuántos le parece a usted?

–Mmm... No sé. ¿Noventa y seis?

La señorita Baker le obsequió con una venenosa sonrisa.

–Ochenta y seis solamente, señor Star. Y si ya ha terminado su café, sigamos trabajando. No le pago para que se dedique a decirme impertinencias.

–Caracoles, qué mal genio... Y me quedo sin saber su edad.

–No se puede saber todo en la vida.

Star movió la cabeza, sonriendo. Pidió la nota, pagó, y salieron del *snack*. Ya en el coche, miró su reloj, y dijo:

–Espero que encontremos a ese fotógrafo... En el listín sólo había un Libby que tuviese estudio fotográfico. Y a propósito del listín telefónico, señorita Baker: deberíamos interesarnos por el número que encontramos en la libreta de Nelligan.

–Sí –admitió ella–: me parece adecuado hacerlo.

–De momento, esperaremos, porque quizá pertenezca a la bella Blondie. Pero si no fuese así, sería buena idea que mientras esperamos que nos hagan las copias de los microfilmes, nos dediquemos a repasar el directorio de Miami.

–Si le he entendido bien, señor Star, usted pretende que yo le ayude a buscar ese número.

–Toma, claro.

–No tan claro. Yo le pago, así que no tengo por qué trabajar. Búsquelo usted.

–Oiga, con ese mal genio no se va a casar nunca, Harriett.

–¿Y por qué habría de casarme?

–¿Eh? Caramba, pues... Yo.. Bueno... O sea...

–¿Usted está casado?

–¡Claro que no! –se aterró Harry.

–¿Y por qué tengo que casarme yo?

Harry Star soltó un bufido, y se dedicó a conducir hacia el centro de Miami. El estudio fotográfico llamado Libby estaba muy cerca de donde habían almorzado, concretamente en el 215 de East Flagler Street, según el listín telefónico.

Y, en efecto, allá estaba, en un edificio de dos pisos, con una bonita fachada, un escaparate con algunas fotografías de excelente calidad y, desde

luego, muy decentes, y una puerta de cristales en la que se veía un cartelito que ponía: «*Open*.»

–Estupendo, está abierto –dijo Harry–. Vamos allá.

Los recibió un hombre de mediana edad y mirada fatigada, que asintió cuando preguntaron por el señor Libby, y fue en su busca. El señor Libby, Sam Libby, apareció a los pocos segundos, y se acercó sonriendo a Harry y Harriett. Era un nombre alto, apuesto, de mirada sonriente, simpático. No tendría más de treinta años.

–Soy Sam Libby... –se presentó–. ¿Me buscan ustedes?

–Así es, señor Libby. La señorita Baker... Yo soy Harry Star.

–Encantado. Ustedes dirán.

–Quisiéramos que nos revelase... Perdón: que nos hiciese unas copias ampliadas de unos microfilmes. En total calculo que serán unas doscientas copias.

Sam Libby parpadeó.

–Realmente, no es mi especialidad –murmuró–. En mi estudio hacemos...

–Casi sería un favor personal, señor Libby. Y mientras su empleado se dedica a ese trabajo, nosotros podríamos hablar de Blondie.

–¿Blondie? ¿Quién es?

Harry le hizo una seña a la señorita Baker, que sacó de su bolso la fotografía, y se la tendió a Libby, que sonrió al verla.

Pero fue una sonrisa tensa, como conseguida con no poco esfuerzo.

–¡Oh...! Bueno, ¿de dónde han sacado ustedes esta fotografía?

–Me la ha regalado un amigo, por mi cumpleaños –dijo Harry–. Y me gusta tanto que quisiera encontrar el original, ¿usted entiende?

–No del todo.

–Evidentemente, señor Libby, esta fotografía está tomada aquí, en su estudio. ¿O no?

–Sí, desde luego. Tengo clientas muy caprichosas.

–Yo también soy caprichoso, y quisiera encontrar a Blondie... Es decir, espero de usted que tenga la amabilidad de decirme su nombre y su dirección.

–Lo lamento, señor Star: no puedo facilitar esa clase de datos.

–¿Pero será tan amable de hacerme esas copias de los microfilmes? Lo digo porque así, mientras usted y su ayudante se dedican a eso, yo iré a la policía, para solicitar que me busquen a Blondie. A lo mejor, hasta la encuentran. Y su primer paso será venir aquí, a preguntarle a usted, que fue quien tomó la fotografía.

Sam Libby estaba pálido, pero dijo, con voz firme:

–Esta fotografía, señor Star, tiene el nombre de mi estudio, en efecto, pero con el sello de goma, no con la misma fotografía. Yo podría decir muy bien que no la he hecho yo, y que alguien pudo utilizar mi sello para imprimirlo en la foto.

–Seguramente, así sucedió –admitió amablemente Harry–. Pero entienda usted, señor Libby: no tengo otra pista para encontrar a mi hermosa Blondie, y

me veo obligado a utilizarla hasta su última probabilidad. Si yo encontrase a Blondie..., ¿para qué demonios iba a molestar a la policía?

–Eso quiere decir que usted cree que la fotografía la hice yo.

–Pues... Digamos que le agradecería que mirase en sus archivos. Vamos, señor Libby, usted mismo ha dicho que la fotografía está tomada aquí, que tiene clientas muy caprichosas... ¿Por qué complicarnos todos la vida, si al final yo sabré dónde encontrar a Blondie?

–¿Para qué la busca?

–Para pedir su mano..., y lo demás, claro. Si les digo eso a la policía, estoy seguro de que simpatizarán con un pobre muchacho enamorado... ¿Usted no simpatiza conmigo?

La sonrisa de Sam Libby fue más bien una mueca.

–Está bien –accedió–. Echaré una mirada en mis archivos... Charles, ocúpate de estas microfotos, ¿quieres? Copias y ampliaciones... Yo iré a...

Harry Star le retiró delicadamente la fotografía de entre los dedos a Sam Libby, sonriendo.

–Estoy seguro de que la recordará sin esto, señor Libby. En cambio, yo la necesito, para llenarme los ojos con la belleza de Blondie.

–De acuerdo.

Tanto el llamado Charles como Sam Libby, desaparecieron en la trastienda. La señorita Baker musitó:

–Le ha apretado usted mucho las clavijas, ¿no le parece?

–Peor sería que le hubiese apretado el cuello.

La señorita Baker miró a Star un tanto perpleja, de arriba abajo, como preguntándose si él hubiese podido realmente apretarle el cuello a un hombre como Sam Libby, alto y fuerte. Luego, fue a sentarse en uno de los silloncitos, recogiendo, de pasada, el listín telefónico.

–Bueno –mascultó Harry–, ¿por qué me ha mirado así? ¿Cree que no puedo retorcerle el pescuezo a un tipo como ése?

–No sé. No parece tener usted muchos músculos, la verdad, señor Star.

–¿Ah, no? Mire, voy a hacerme ahora mismo una fotografía como la de Blondie, y usted verá si tengo o no tengo músculos... ¿La quiere dedicada?

–No la quiero de ninguna manera.

–Usted se lo pierde. ¿Qué hace ahora?

–Voy a leerme el listín telefónico de Miami... Es mi diversión preferida.

–Buena chica... –sonrió Harry–. Sí, señor: es usted una buena chica, Harriett. ¿Recuerda el número?

Ella ni siquiera contestó. Harry se sentó también, y encendió otro cigarrillo... Cinco minutos más tarde, Sam Libby regresó al recibidor del estudio, sonriendo amablemente.

–Estamos de suerte, señor Star: la he encontrado.

–Hoy es mi día... –sonrió Harry–. ¿Y bien?

–Su nombre es Mae Owells, y vive en el 174 de Barbarossa Avenue, Coconut Grove.

–Muchas gracias, señor Libby.

–No tiene importancia... Iré ahora a ayudar a Charles, para que ustedes tengan pronto sus copias.

–Se lo agradezco grandiosamente.

Eran poco más de las cuatro de la tarde cuando Harry y Harriett salían del estudio fotográfico de Sam Libby, con un sobre conteniendo un montón de copias que ponía en manos de Harry Star todos los casos atendidos por Joe Nelligan desde seis meses antes.

Ya en el coche, Harry dijo:

–Conduzca usted, señorita Baker: 174 Barbarossa Avenue, Coconut Grove, ya lo oyó, supongo. Yo iré echando un vistazo a todo esto... Caramba, Blondie vive en Coconut Grove... Apuesto a que en un lindo lugar.

Capítulo IV

¡Vaya si era lindo el lugar! Un pequeño chalet, rodeado de césped y de palmeras. Y flores, desde luego. Además, estaba muy cerca de Merrie Christmas Park, que contribuía no poco a que la zona pareciese toda ella, puro jardín.

Detenido el coche cerca de la casa, Harry Star la estuvo contemplando unos segundos antes de murmurar:

–¿Y usted, señorita Baker? ¿Dónde vive? ¿En una casa así?

–Qué más quisiera yo.. Un modesto apartamento, eso es todo.

–¿Y dónde está ese apartamento?

–Búsquelo en el listín.

–Hijita, qué genio tiene... ¿Le ocurre algo? ¿Quizá tiene celos porque voy a ver a un bombón?

–¡Qué sabe usted de bombones...!

Harry Star se quedó mirándola atónito.

–Pues mire, querida Harriett, puede que yo no entienda de astronáutica, filatelia, química y botánica, pero de bombones... ¡Vaya! ¿Viene usted o se queda en el coche?

Por toda respuesta, la señorita Baker salió del coche. Star encogió los hombros, hizo lo mismo, y cruzaron por el césped, hacia el pequeño y bonito chalet, mientras Harry decía:

–Hermosa tarde, sí, señor... Y usted sigue sin quitarse los lentes. Oiga, otra cosa: si ese bombón le pregunta quién es usted, no se le ocurra decir que es mi novia, o algo así, ¿entiende? Lo máximo que le permito decir es que es mi tía.

–Estúpido.

–Vamos, tía Harriett –rió Harry–, las personas educadas no insultan a los demás. Se me está ocurriendo que mientras yo charlo con el bomboncito, usted podría seguir mirando el listín, en busca de ese número... ¿Qué le parece?

Harriett Baker no contestó. Mantuvo la mirada fija en el césped, y siguió caminando. Harry movió la cabeza, y sonrió.

Llegaron ante la puerta: *Ringgg*...

La puerta fue abierta por la propia Mae Owells, que era, en efecto, un auténtico bomboncito, aunque ahora no vestía como un calamar, sino que llevaba una minifalda roja y un jersey azul, muy ceñido y aún más escotado. Sobre el pedestal de sus altos zapatos rojos de tacones cuadrados, sus esbeltas piernas eran una auténtica obra de arte. Y además, tenía carita de niña buena, dulce y graciosa. Despampanante, en suma.

Pero al mismo tiempo que veía esto y sonreía, Harry Star, con tan sólo una mirada a los ojos de la muchacha, comprendió que ella les estaba esperando, que sabía que iba a tener visita. ¿Solución?: el amable Sam Libby la había advertido por teléfono.

–¿Digan? –inquirió Mae Owells, con gesto amable.

–Hola, Blondie... –saludó Harry–. ¿Puede recibirnos?

La muchacha parpadeó.

–Me temo que se equivocan...

–No, no. Estamos buscando a la señorita Mae Owells.

–Sí, soy yo, pero...

–Le presento a la señorita Baker. Yo soy Harry Star, colega de Joe Nelligan. ¿Le conoce usted?

–Pasen, por favor.

–Muchas gracias.

La casita, por dentro, era una bombonera. Cuadritos por aquí, jarritos con flores por allá, cortinitas blancas, alfombras de calidad, lujosos muebles, confortables sillones... La clase de lugar donde un hombre puede olvidar todas sus preocupaciones.

–Lindo nidito... –elogió Star–. ¿Lo ocupa usted solita?

–Así es.

–Bueno... Cuando se aburra, puede llamarme por teléfono. Me encontrará en la guía. Por cierto, señorita Owells: ¿no tiene usted a mano un listín?

–Sí... Sí, claro.

–¿Sería tan amable de prestármelo?

Mae Owells se lo prestó, y Harry lo puso en las manos de la señorita Baker, a la que condujo hasta un sillón y la sentó amablemente.

–Cada cual a lo suyo, querida tía –dijo–. Suerte.

Harriett Baker no le hacía caso. Estaba mirando a Mae Owells, y por su expresión parecía considerarla con cierto desdén. Pero, de pronto, abrió el listín, buscó la página en la que había quedado en el estudio de Libby, y pareció desaparecer de allí.

–¿Puede decirme qué desean ustedes, señor Star?

Harry se volvió hacia Mae, sonriendo todavía.

–Estamos buscando a Joe Nelligan.

–¿Aquí?

–En algún sitio ha de estar, ¿no?

–Supongo que sí. Pero no aquí.

–Pensé que usted, que tan amiga es de él, sabría dónde...

–¿Qué quiere decir usted con eso de «tan amiga»?

Harry Star sacó del bolso de la señorita Baker la fotografía, y se la tendió a la muchacha.

–Quiero decir que una fotografía como ésta, no se regala a un simple conocido, señorita Owells... ¿O sí? Porque si es así, apúnteme con una docena.

Mae tomó la fotografía, la miró, y alzó las cejas, sonriendo.

–¡Oh! Esta foto... Es una de las de propaganda del club en el que trabajo. Y ciertamente, yo no se la di al señor Nelligan. Supongo que él mismo debió arrancarla de la exposición del club.

–Pero usted conoce a Nelligan, ¿verdad?

–Sí... Superficialmente. Ha estado algunas veces allí, en el club. Un cliente

más, desde luego. Ya le digo que esta foto la debió tomar... Hay muchos clientes que se llevan fotografías.

–Entiendo. Y admito que es perfectamente posible. ¿Cómo se llama ese club en que trabaja usted?

–Caribe.

–Originalísimo. ¿Y qué trabajo hace allí?

–Canto y bailo..., entre otras cosas.

–Ya. Bueno, señorita Owells, mire..., un hombre no se lleva así como así la fotografía de una chica a su casa, a menos que sea... un coleccionista de estas cosas, ¿me comprende?

–Claro.

–Joe Nelligan no es un coleccionista, porque la única fotografía que había allí, era la de usted. Esto, a mi modo de ver, indica una cierta... predilección, ¿no le parece?

–Quizá. Pero yo no tengo por qué saber lo que hace el señor Nelligan. Pregúntele a él.

–No lo encontramos. Ya le he dicho que lo estamos buscando.

–¿Para preguntarle por qué tiene una fotografía mía? –se sorprendió Mae Owells.

–No... No exactamente. Dígame: ¿cuándo vio usted a Nelligan por última vez?

–Señor Star, yo no veo al señor Nelligan. Él puede ir o no ir al Caribe, y si va, puede que durante mi actuación lo vea allí, pero eso es todo. No nos «vemos» de un modo especial, como usted parece creer.

–O sea, que usted no tiene relaciones personales con él.

–¡Claro que no! Así que no tengo ni idea de cuándo le he visto por el club. Veo diariamente a cientos de personas allá, así que no tengo por qué prestar atención al señor Nelligan de modo especial. Puede que lo viese anoche, o anteanoche, o hace un mes... Ni idea.

–Supongamos, señorita Owells, que su vida dependiese ahora de que el señor Nelligan apareciese... ¿Usted no sabría dónde llamarlo o localizarlo?

–En modo alguno.

–¿En ninguna ocasión lo trató usted directamente, en el Caribe?

–¡Oh, eso sí...! Algunas veces me ha invitado a un trago... Ya sabe, se sienta una a una mesa, charla un poco...

–Sí, ya sé. ¿Y él nunca le dijo dónde vivía, ni le dio su número de teléfono, por ejemplo?

–Alguna vez insinuó algo –sonrió Mae Owells–, pero me las arreglé para que no llegase a concretar su... oferta. No es que el señor Nelligan sea feo o desagradable, pero..., no es mi tipo.

–¡Ah! Bien... Resumiendo: usted dice que no sabe nada del señor Nelligan, y que si él tiene esta fotografía de usted es porque debió... robarla en el club.

–No se me ocurre otra explicación.

Harry Star sonrió amablemente, y se volvió hacia Harriett.

–Señorita Baker: nos vamos.

Harriett se puso en pie, dejó el listín, y se dirigió hacia la puerta, sin dirigir una sola mirada más a Mae Owells, que la contemplaba con curiosidad.

–¿Es su tía? –preguntó a Harry.

–Sí... –aseguró él, muy serio–. La soltera, claro. Adiós, Blondie... ¿Le disgusta que la llame así?

–¡Oh, no...! Al contrario, señor Star, me ha dado usted una idea: a partir de ahora, me haré llamar Blondie Owells en el club. Queda muy bien.

–¿Se da cuenta? Nadie pierde por tratar con Harry Star... Y ni siquiera voy a pedirle comisión por la idea para el nombre. A cambio de ello, si usted viese esta noche, o mañana, o pasado..., a Joe Nelligan por su club..., ¿sería tan amable de avisarme por teléfono? A mí o a la señorita Baker, como prefiera.

–Pero..., ¿no es su tía?

–Sí, sí, pero es muy coqueta, y le gusta que la llame señorita Baker. Cosas de la edad.

–¿De la edad?

Blondie estuvo unos segundos mirando a Harriett, que esperaba ante la puerta. Por fin, encogió los hombros, sin hacer comentario alguno. Abrió, salió Harriett, y Harry salió tras ella. Se volvió y dio un cachetito en una mejilla a la rubita.

–¿Y yo? –preguntó–. ¿Soy su tipo?

–¡Demasiado alto para mí! –rió Mae.

–Y yo que estaba tan orgulloso de ser un tipazo...

Moviendo la cabeza con gesto de pesar, Harry Star se fue hacia el coche, en pos de la señorita Baker, que no parecía de humor para tonterías.

Desde la puerta, Mae Owells vio alejarse el coche. Esperó a que se perdiese de vista, cerró, y regresó al coquetón *living,* directa hacia el teléfono. Marcó un número.

–¿...?

–Malcom, soy yo... –dijo la rubita–. Ya se han marchado.

–¿...?

–Están buscando a Nelligan.

–¡...!

–¿Culpa mía? –se sorprendió Blondie–. ¿Por qué?

–...

–¡Yo no le di esa fotografía a Nelligan! ¿Por qué clase de idiota me has tomado? ¡Ya te he dicho antes lo mismo que acabo de decirle a ese detective! Nelligan debió de coger la fotografía en el club... ¿Qué culpa tengo yo de eso?

–¿...?

–¡Claro que no! Le he dicho que era un cliente más del Caribe, que alguna vez tomé unas copas con él, y ya está.

–¿...?

–No, no... Sólo me ha hecho preguntas sobre Nelligan, nada más que eso.

–¿...?

–¿Cómo quieres que sepa adónde van, ahora? –se impacientó Mae–. Ese detective me ha dicho que si tengo algo que decirle, que le llame por teléfono... ¡Oh! ¡Una cosa! Ya que menciono el teléfono: ese Star ha sentado a la secretaria de Nelligan con el listín en las manos y le ha dicho «que cada cual a lo suyo». Y ella se ha pasado el rato pasando hojas del listín.

–¿...?

–Pero bueno, ¿me tomas por una pitonisa? ¡No sé lo que estaba buscando la cuatro ojos ésa! Supongo que una dirección, o un número de teléfono, ¿no? Pero parece que no lo ha encontrado.

–...

–Está bien. ¿Qué hago yo? Supongo que debo irme al club, como siempre...

–...

–¡Ah! ¡Bueno! ¡Está bien! De todos modos, no me vendrá mal un día de descanso. Espero aquí, ya me dirás algo cuando puedas. Adiós, Malcom.

Colgó, frunció el ceño, y acabó por encoger los hombros. ¿Qué le importaban a ella que Harry Star y su tía, estuviesen buscando a Joe Nelligan?

Capítulo V

–¿Y usted qué opina, señorita Baker? –la miró de reojo Harry, que ahora conducía–. ¿Se dio cuenta o no?

–¿De qué? –preguntó ella, secamente, fija la vista al frente.

–De Blondie... Libby la avisó de que íbamos a venir, ¿no le parece?

–Sí. Pero eso no me parece nada extraño. A fin de cuentas, es una clienta de él, según parece. En cambio, es muy posible que el señor Melville pueda decirnos algo más concreto sobre el señor Nelligan.

–¿El señor Melville? ¿Quién es? ¿Algún amigo de Nelligan?

–No lo sé. No conozco al señor Melville.

–¡Ah...! Muy lógico. ¿Y de dónde se ha sacado ese nombre?

–Lo he encontrado en el listín.

–¿Ha encontrado el número de teléfono? –exclamó Harry.

–Sí. Melville, Herbert: 88, Shelter Avenue, Sunset Islands.

–¡Señorita Baker, si fuese usted mi tía le daba un beso ahora mismo!

–Si yo fuese su tía, señor Star, le habría dado ya una buena azotaina.

–¡Caramba...! ¿Porqué?

–Por descortés, antipático y estúpido... ¿De verdad le parece que esa Blondie es un bombón?

–Pues..., sí. Francamente, sí.

–Y además, cegato –dijo Harriett–. Tendré que prestarle mis lentes, señor Star. Pero no vale la pena, en realidad... ¿Qué me importa a mí que usted no vea más allá de sus narices?

–¿A qué se refiere? –gruñó Harry.

–Déjeme en paz.

–Caracoles, menos mal que no es usted mi tía... ¡Vaya genio, hijita!

La señorita Baker se sumió en un hosco silencio, y Harry Star decidió dejar las cosas así, dedicando toda su atención al tráfico.

Subieron hasta Hardee Avenue, y por ésta llegaron a Ingraham Highway, que finalizaba haciendo ángulo recto con McFarlane Road, la cual, a su vez, al finalizar, enlazaba en ángulo recto con Bayshore Drive, que más adelante tomaba el nombre de South Miami Avenue, discurriendo paralelamente a Brickell Avenue, donde ambos tenían sus oficinas...

Ciudad arriba, llegaron a la North East 14th Terrace, y de allí enfilaron la pista que cruzaba la bahía sobre las Venetian Islands, hasta Miami Beach. Allá, por Dade Bulevard y Sunset Drive, llegaron, finalmente, a la segunda isla de las Sunset, giraron por la 23rd, y en seguida, a la derecha, Shelter Avenue.

El número ochenta y ocho de esta avenida era una quinta que dejó a Harry Star con la boca abierta durante irnos segundos.

–¿Está segura de que el número...?

–Estoy segura: 88, Shelter Avenue.

–Bien... Pues vamos allá. Maldita sea mi estampa, no me extraña que a Nelligan le vayan bien las cosas, con clientes como éstos, que tienen

semejante quinta en las Sunset... Por cierto, ¿sabía usted algo de esto?

–¿Del tal señor Melville? Ya le he dicho que no. Supongo que anteanoche, o anoche, debió llamar al número privado del señor Nelligan, y él vino aquí, directamente.

–Estaría bueno... Nosotros buscándolo como tontos, y a lo mejor él está tan ricamente instalado en este palacio.

–¿Y lo del saqueo de la oficina y de su casa?

–Sí, es verdad... Bueno, pronto sabremos algo.

La quinta tenía unas verjas imponentes, pero fueron abiertas electrónicamente desde la casa, después que Harry hubo llamado. Regresó al coche, y lo dirigió hacia la casa, por el sendero que discurría entre palmeras y setos. Cuando llegaron delante de la imponente mansión blanca, enorme, un criado les estaba ya esperando, y acudió a abrir la puerta de Harriett, muy correcto, pero expectante...

–Buenas tardes... –saludó Harry–. Quisiéramos ver al señor Melville, para un asunto relacionado con Joe Nelligan.

–Ignoro si el señor está en su casa, pero me interesaré por ello, señor... ¿A quién anuncio, si está?

–Harry y Harriett. Bueno, dígale que está aquí la secretaria del señor Nelligan con un tipo llamado Star.

–Sí, señor... Por aquí, por favor.

Fueron introducidos en la casa, y luego en un salón que los dejó a los dos sin habla. Se miraron, Harry encogió los hombros, y masculló:

–Una cosa es segura: el señor Melville no va a pedirnos un préstamo, señorita Baker.

–¡Oh, un piano...! –señaló ella–. ¡Un piano!

–Lo dice usted como si en lugar de ser un piano fuese un marciano... ¿Qué tiene de extraordinario un piano?

–Su precio. El que me gusta a mí vale doce mil dólares... Pero ése tiene que valer más.

–¡Ah! Y dígame: ¿para qué quiere usted un piano?

Harriett le dirigió una mirada fulminadora, se acercó al piano, alzó la tapa, y pasó dos deditos por las teclas, suavemente. El tipo llamado Star se acercó, muy abiertos los ojos.

–No me diga que sabe tocar este chisme.

–Me alegra poder decir que «sí sé» tocarlo, señor Star.

–Oiga, con usted va uno de sorpresa en sorpresa, ¿sabe? ¿Y dónde aprendió?

–Si le parece, en una mina.

–¿En una...? Bueno, ¿qué le pasa? ¿Por qué está tan molesta conmigo?

–Porque es usted la clase de hombre que me crispa los nervios, señor Star.

–¡Atiza...! ¿Por qué motivo?

–Porque es un fanfarrón, un engreído, uno de esos sujetos dedicados a la investigación privada que aparecen en los telefilmes, que creen saber más que

nadie, y que se pitorrean de todo y de todos.

–¡Caaaa... ray!, ¡pues me ha dejado usted bueno, Harriett!

–Usted se lo ha buscado.

–Me parece que tiene razón... –reflexionó Harry Star–. Pero está equivocada en el sentido de que usted se deja engañar por las apariencias. La verdad es que soy un hombre serio, consciente y muy formal, señorita Baker. Lo único que ocurre, es que hace tiempo aprendí a tratar con cierta clase de gente, y siempre me pongo a su altura. ¿De verdad cree que soy tan estúpido y fanfarrón como parezco?

–¿No lo es?

–Si no llevase usted esos malditos lentes de solterona erudita, quizá me habría visto mejor –farfulló Harry.

Harriett parpadeó. De pronto, se quitó los lentes, y se quedó mirando a Harry Star, susurrando:

–Ya estoy sin lentes, señor Star.

–¿Y qué tal?

–Lo veo igual que antes.

–Eso quiere decir que no necesita los lentes... –sonrió él–. Oiga, ¿sabe que tiene usted unos ojazos que...?

–¿Me buscaban ustedes? –sonó la voz en la puerta del fastuoso salón.

Los dos miraron vivamente hacia allí, poniéndose Harriett los lentes a toda prisa. Un hombre alto y grueso, de aspecto imponente, mirada inteligente y facciones sólidas, grandes, de unos cuarenta y cinco años, los contemplaba expectantes.

–¿Señor Melville? –inquirió Harry.

–Sí.

–Buenas tardes... –se acercó Star–. Permítame presentarle a la señorita Baker, la secretaria de Joe Nelligan. Yo soy Harry Star, colega de Nelligan. Trabajamos en el mismo edificio, usted ya sabe.

Herbert Melville hizo una cortés inclinación de cabeza hacia Harriett, y en seguida miró con sorpresa a Harry.

–¿Qué es lo que yo sé? –preguntó.

–He querido decir que como cliente que es usted de Joe Nelligan, comprendería...

–Señor Star –cortó Melville–: ¿quién es Joe Nelligan?

Harry Star entornó los ojos.

–¿No le conoce usted, señor Melville?

–En absoluto.

–Perdone... –murmuró Harry–. ¿El número de teléfono de usted es el JE 5-4790?

–Sí, en efecto.

–¿Y no conoce usted a Joe Nelligan?

–Ya le he dicho que no –frunció el ceño Melville.

–Bien... De nuevo le pido perdón, señor Melville. Pero estamos buscando

al señor Nelligan, y no hay modo de localizarlo... Sobre su mesita de noche encontramos escrito el número de teléfono de usted, y pensamos que... Bueno, nos pareció que usted podía haberlo contratado para algo, y que...

–No tengo la menor idea de lo que usted está diciendo, señor Star. ¿Está usted seguro de que el número escrito por Joe Nelligan, es el mío?

–Sí, señor.

–No sé –Melville movió la cabeza con gesto dubitativo–. Desde luego, yo no sé nada de ese caballero. Sin embargo, es posible que alguno de mis criados recurriese a él para sus asuntos... Aunque me sorprendería grandemente, la verdad.

–¿Tiene usted inconveniente en que les pregunte a ellos?

–Pues..., no. No, claro, ninguno. Aunque, francamente, no veo por qué debemos molestarnos en esta casa por usted, señor Star.

–Tememos que al señor Nelligan le haya ocurrido algo, así que sería muy tranquilizador para nosotros saber si, simplemente, alguien le ha contratado para un trabajo fuera de Miami, por ejemplo. Nos ha parecido menos espectacular esto que llamar a hospitales, a la policía...

–Sí, sí, entiendo. Reuniré a mis criados aquí, pero –miró su reloj de pulsera– a mí tendrán que disculparme, pues debo acudir a una cita en mi club.

–Está disculpado, señor Melville, no faltaba más. Y muchas gracias por su comprensión.

–No tiene importancia –encogió los hombros Melville–. Adiós. Encantado, señorita Baker.

–Adiós, señor Melville –susurró ella.

Evidentemente, Herbert Melville puso al corriente de lo que sucedía a su mayordomo, el cual, en pocos minutos, reunió al resto de la servidumbre en el salón...

No sirvió de nada.

Nadie, en aquella casa, tenía ni tan siquiera noticia de la existencia de un tal Joe Nelligan. Harry Star estaba en verdad mosqueado, pero se mostró muy cortés, incluso amable. Pidió los nombres de los criados, que Harriett se encargó de anotar.

Finalmente, acompañados por el mayordomo, salieron de la casa. Subieron al coche, en silencio, y salieron de la quinta, cuyas verjas se cerraron tras ellos. Por fin, mirando hoscamente por el retrovisor hacia la quinta que iba quedando atrás, Harry masculló:

–Alguien ha mentido ahí, ¿no le parece, Harriett?

–Sí, lo parece –admitió ella–. Pero me pregunto por qué tendrían que hacerlo.

–Ahora es usted quien olvida que la oficina y el domicilio de su jefe han sido saqueados..., y que él no aparece por ninguna parte. La verdad, quisiera equivocarme, pero...

–Usted cree que... que lo han matado.

–Ojalá me equivoque. Pero si ha sido así, la clave tiene que estar, o en las personas que acabamos de conocer en esa quinta, o en el contenido del fichero... Tenemos seis meses de informes. ¿Qué le parece si nos dedicamos en serio a buscar en ellos algo que pueda ayudarnos? Podría aparecer el nombre del señor Melville, o de alguno de sus criados...

–No –negó Harriett–. No recuerdo ninguno de esos nombres, y mi memoria es muy buena, señor Star. Además, si era un caso nuevo, como parece indicar el número anotado en la libreta del señor Nelligan, y su inesperada ausencia, no estará en estos microfilmes, pues hace una semana que no archivábamos nada por ese procedimiento.

–Maldita sea mi estampa. Bueno, haremos una cosa: llamaremos por teléfono a la oficina de usted, y a la casa de Nelligan. Si él no contesta, estudiaremos los informes fotografiados. Y si no encontramos nada para mañana, le seré sincero: sería conveniente avisar a la policía.

–¿No fue usted quien dijo que...?

–Recuerdo muy bien lo que dije –gruñó Star–. Y le tengo a Nelligan un asco y una envidia tremendas. Pero de eso a desearle algo malo, hay mucha diferencia: es más práctico cambiar de edificio.

–¿Quiere decir... que se va a mudar? ¿Que instalará su oficina en otra parte?

–Sí. Bien, ¿adónde vamos? ¿A su apartamento o al mío? Y no me venga con monsergas ni puritanismos, porque en alguno de estos dos sitios hay que trabajar, a estas horas. Así que si usted no quiere colaborar, lo dice. Y si quiere colaborar, dígame a qué apartamento prefiere ir.

–Al suyo. Esta mañana no dejé bien ordenado el mío.

Harry Star soltó un bufido y una carcajada, al mismo tiempo.

–¡Pues anda que va usted a buen sitio, querida! –exclamó.

Capítulo VI

–¿Qué? –la contemplaba Harry, zumbón–. ¿A que da asco?

Harriett Baker terminó su circular mirada por la pieza central del apartamento, y movió negativamente la cabeza.

–No está tan mal, señor Star. Esperaba algo peor.

–¿Algo peor? ¡Pero si parece que aquí viva un troglodita!

–Yo no veo ningún hueso de mamut por parte alguna.

Star quedó estupefacto un instante.

–¡Usted tiene chispa, se lo digo yo! –rió luego–. ¡Huesos de mamut...! ¡El animal más grande que entra en este apartamento es algún pollo..., y yo, claro!

–¿Usted es un animal? –sonrió ella.

–Por supuesto. Pero bastante racional, claro. A propósito, supongo que debo invitarla a algo... Creo que tengo naranjada y Coca-Cola en el frigorífico. ¿Qué prefiere?

–Un whisky con soda, si no le parece mal.

–Señorita Baker –se le acercó Harry, tras otro instante de estupefacción–: usted y yo todavía vamos a «ligar».

–¿Vamos a qué?

–A «ligar», demonios... ¿No sabe lo que es eso?

–Sí. Es una vulgaridad. Admitiría mejor la palabra «congeniar».

–Ahora me recuerda usted de nuevo a mi querida señorita Rosenwall. Tengo un diccionario por aquí, así que luego buscaré esa palabreja. Congeniar... ¡Qué tontería! O se «liga», o no se «liga». Bueno, quite ese pijama del sofá y póngase cómoda mientras voy a por algo para trasegar. Quítese los zapatos, si quiere. Y los lentes, y esa horrenda chaqueta... En fin, que se ponga cómoda, hijita. Ya vuelvo... Oiga: no revuelva mis cosas, ¿eh?

–¿Más aún? –sonrió ella.

–Está advertida –rió Harry–: ¡usted y yo acabaremos «ligando»!

Se fue a la cocina, preparó vasos, cubitos de hielo, la soda... Regresó al *living,* dejó la bandeja sobre una mesita, y fue al mueble-bar a por la botella de whisky.

–¡Bueno! –la hizo saltar por el aire–. ¡Nos vamos a poner morados de veneno! Cuando hayamos tomado unos tragos... ¡Zambomba!

Casi le cayó la botella al suelo, debido a la pérdida de control que le produjo la visión de Harriett Baker. Ella estaba sentada en el sofá, desde luego con zapatos y con lentes, pero se había quitado la horrenda chaqueta, dejando al descubierto el fino jersey de hilo.

–¿Qué le ocurre? –se sobresaltó Harriett.

–Pues que... que... ¡Caramba, hasta tiene usted...! Bueno, quiero decir que tiene... Vaya, que el jersey parece lleno... O sea...

–Señor Star: soy una mujer anatómicamente normal. No creo que eso sea motivo de sorpresa.

–Ya, ya... Claro. Pero es que con la chaqueta parecía que no tenía... Bueno, como siempre la veo con vestidos así... Demontres, ¡que vamos a ligar!

–Pero no ahora –frunció el ceño ella–: tenemos mucho trabajo.
–¿Qué trabajo?
–Buscar alguna pista en el fichero del señor Nelligan.
–¡Oh, sí...! Vaya, pues es un asco. Oiga, ¿por qué no se suelta el pelo?
–Porque me hace cosquillas.
–¡Je, je...! Sí, porque parece muy fino. Y tiene un color rojizo muy bonito, el condenado... ¿De verdad tiene usted ochenta y seis años?
–Podemos rebajarlo a setenta y seis.
Harry Star frunció el ceño.
–Cuando llegue a los veintiséis, avíseme.
Eran las siete y cuarto.
A las nueve y media, Harry Star apartó las últimas fichas, malhumorado. Durante aquellas dos horas largas, se habían dedicado muy seriamente al trabajo, cambiando impresiones, que culminaron con la última.
–Parece que no vamos a sacar nada en claro, ¿verdad?
–Lo parece –admitió Harry–. Pero entonces..., ¿qué demonios buscaban los que saquearon el fichero y el despacho privado de Nelligan durante esta noche?
–Quizá algún expediente más atrasado que los que hemos hecho reproducir –sugirió ella.
Harry frunció el ceño, reflexionó...
–No –rechazó–. Si Nelligan tenía algo que alguien quería quitarle, no me parece razonable que ese alguien hubiese esperado tanto tiempo. Tiene que ser algo reciente... Sí, estoy seguro. ¿No sabe si Nelligan tenía algún truquito más?
–No. Yo sólo conozco la oficina y la caja del Banco. Y no había nada más allí, ya lo vio usted: dinero, dos cámaras fotográficas de bolsillo con las que debe trabajar, una pistola..., y los microfilmes del archivo.
Harry asintió con la cabeza, encendió un cigarrillo, y se acercó a la ventana, colocándose a un lado, de modo que podía ver Manor Park y los coches que circulaban en aquella dirección. Ya no había tanto tránsito, desde luego...
–Creo que debo irme –dijo Harriett–. La verdad, estoy cansada, señor Star.
Él se volvió a medias, y la vio sólo como una silueta, debido a la luz de la lámpara que habían encendido para trabajar, y que estaba tras ella y por encima de su cabeza.
–Lo comprendo... –murmuró–. Y ni siquiera hemos cenado.
–Me prepararé algo en casa.
–Creo que tengo algo por la cocina. Si quiere evitarse molestias a su regreso, está invitada.
–Acepto, gracias. Prepararé algo para los dos.
–Estupendo.
Harriett se fue hacia la cocina, y Harry volvió a mirar por la ventana. De nuevo vio Manor Park, algunos coches circulando..., y el mismo de antes,

parado muy cerca de su apartamento, un poco más abajo. En aquel momento, dentro del coche brilló la brasa de un cigarrillo, en el asiento de atrás.

«Estoy seguro de que le han matado –continuó Harry con sus pensamientos–. Le mataron, y ahora buscan algo que él tenía. Las cosas debieron ocurrir de modo que Nelligan se resistió, tuvieron que matarle sin poder preguntarle nada. O bien, le mataron, convencidos de que lo que buscaban lo encontrarían con toda facilidad en su oficina o en su casa...»

Dentro de aquel coche estacionado, con todas las luces apagadas, brilló ahora otra brasa de cigarrillo, en el asiento delantero derecho, es decir, el contiguo del conductor. Esto es, que habían dos hombres en aquel coche: uno detrás, otro delante... ¿Y no había conductor? Seguramente, eran tres los hombres que estaban dentro del coche, pues lo normal es que hubiese conductor, esperando... Esperando, ¿qué?

Harry Star parpadeó, pero manteniendo muy fija su mirada en aquel coche. De pronto, dio media vuelta, fue a la lámpara de pie, y la apagó, de modo que el *living* quedó a oscuras. Volvió rápidamente junto a la ventana, y de nuevo miró aquel coche. Durante un par de minutos más, el hombre sentado delante estuvo fumando. Luego, la colilla salió por la ventanilla. Y segundos después, la portezuela se abrió, y el hombre se apeó del coche. Las dos portezuelas de atrás se abrieron también, y por cada una salió otro hombre. Tres, y el conductor, que debía estar ante el volante, para esperar, cuatro.

Los tres se reunieron en la calzada, miraron hacia todos lados, luego hacia la ventana en la que se hallaba Harry Star, y comenzaron a caminar hacia el edificio.

Star no esperó más.

Corrió hacia la cocina, frenó en seco, regresó para recoger las fotografías, que metió de cualquier manera en los sobres, y de nuevo corrió hacia la cocina. Harriett alzó la cabeza, sobresaltada, al aparecer él tan aparatosamente..., y en seguida se dio cuenta de la palidez de Harry Star.

–¿Qué pasa? –exclamó.

–Por la ventana... –señaló Harry–. ¡Por la ventana, pronto! La tubería de los desagües está justo al lado, a la izquierda... ¿Podrá bajar por ella?

–No... no sé... –tartamudeó Harriett.

–Sólo son dos pisos... Y tenemos que elegir entre rompernos una pierna o recibir la visita de tres hombres armados. Si estuviese solo, quizá me atrevería a esperarlos, pero no quisiera que la mala suerte llevase una bala contra usted... ¿Lo entiende?

–Sí, sí...

–Pues elija: ventana o balas. ¡Pero elija pronto!

–Mi chaqueta...

–¡Déjese de tonterías! ¿No puede entender que son tres profesionales que vienen a por nosotros?

Harriett estaba saliendo ya por la ventana del fondo de la cocina. Harry se asomó, y la sostuvo hasta que ella aferró con sus manos la gruesa tubería...

–¿Podrá?

–Sí... Creo..., creo..., creo que sí...

–¡De prisa!

Ella comenzó a descender, lentamente. Harry lanzó una imprecación, volvió al *living,* recogió el bolso y la chaqueta de Harriett, y regresó a la cocina. Apagó la luz, y se asomó por la ventana.

–¡Ahí tiene su maldita chaqueta y su maldito bolso! –gruñó, tirándolos abajo.

Y, al mismo tiempo, sorprendiéndose, pues Harriett casi había llegado ya al patio, se agarró a la tubería, y comenzó a deslizarse por ella rápidamente, mascullando palabrotas al notar la viscosa humedad que rezumaba. Le faltaban todavía casi dos metros, cuando se soltó, ocasionando el gran sobresalto a Harriett, que casi cayó al suelo, poniéndose la chaqueta. La asió por un brazo, sosteniéndola, y la empujó hacia la tapia.

–¡Sáltela!

–Mi bolso...

–¡Al demonio! –casi gritó Harry, recogiendo el bolso del suelo, y colocándoselo en bandolera.

Corrieron los dos hacia la tapia, cuya altura sobrepasaba los dos metros y medio. Harry saltó, se agarró al borde de la tapia, flexionó los brazos mirando hacia Harriett..., y la vio inmóvil ante la tapia. Se soltó, se colocó tras ella, y rodeó la cintura con sus manos.

–¡Salte!

Entre el impulso de ella y la ayuda de él, Harriett alcanzó el borde de la tapia, pero parecía incapaz de izarse. Harry la empujó, con ambas manos apoyadas en el final de la espalda, pero ni así. Volvió a escalar la tapia, se colocó a horcajadas, y agarró primero una mano y luego la otra de la señorita Baker.

–Apoye los pies en la pared –jadeó.

No fue fácil, pero segundos después Harriett estaba en lo alto de la tapia, mirando con ojos desorbitados a Harry, al que veía perfectamente gracias a las luces de numerosas ventanas... Casi gritó, cuando la empujó de tal modo que parecía que fuese a romperse la cabeza contra el suelo, al otro lado... Cayó, pero quedó colgando de las manos de Harry, que la soltó en seguida y saltó tras ella, que había quedado sentada en el suelo.

–Vaya una secretaria –jadeó Harry–. ¿Es que no sabe correr y saltar? ¡Vamos, no se duerma!

La ayudó a ponerse en pie, y corrieron hacia la siguiente tapia. Solamente quedaba ésta. Luego, Harry sabía que había un gran patio que pertenecía a un supermercado, y desde el cual se podía saltar a varios sitios. Entre ellos, el pasillo del fondo de un edificio, por el cual, seguramente podrían llegar al vestíbulo de ese edificio...

La siguiente tapia fue más fácil de saltar, y, justo en el momento en que Harry lo hacía, vio encenderse la luz, en su cocina. Es decir, que no se había

equivocado en absoluto.

–Ya están en mi apartamento –susurró, acuclillado junto a la señorita Baker–. Tenemos que llegar al otro lado de esa tapia de enfrente.

–¿O... otra... tapia...? –tartamudeó ella, casi sin voz.

–¿Se encuentra bien? –Harry le tomó el rostro con ambas manos, mirándola muy atentamente–. ¿Se encuentra bien, Harriett?

–Sí... Sí, sí...

–Si no saltamos la tapia, nos alcanzarán, porque saben que estábamos en casa... Nos van a seguir. ¿Lo entiende? Pero si usted no puede continuar, los esperaremos preparados –sacó la pistola–. No me gusta recurrir...

–Váyase... usted. Yo... yo me... me esconderé, y...

–No diga tonterías. Yo puedo ser todas las cosas malas que usted guste, menos un puerco.

–Vamos..., vamos a intentarlo...

Harry la ayudó a ponerse en pie de nuevo, y corrieron hacia la otra tapia del supermercado. También fue fácil de saltar, y, en efecto, se encontraron en el pasillo..., en cuyo fondo había una puerta cerrada con llave.

–Deme su chaqueta, Harriett.

Ella se la quitó rápidamente, y Harry envolvió la pistola con la prenda. Apoyó la punta en la cerradura, y disparó dos veces. La madera saltó astillada, la cerradura quedó colgando a un lado..., y un humo acre apareció tras la breve llamarada en la chaqueta, que Harry apagó contra la pared. Harriett comenzó a toser, con los ojos llenos de lágrimas. Notó una mano de él en su derecha, y el tirón. Apenas podía ver, pero comenzó a correr, hacia donde se veía luz, resplandor. Llegaron allá en pocos segundos, y Harriett casi gritó de alegría cuando vio la calle, a tan escasa distancia...

Sus pies fueron hacia allí todavía un par de pasos, pero dejaron de tocar el suelo cuando Harry tiró de su brazo, desviándola hacia las escaleras que llevaban a los apartamentos del edificio. La señorita Baker pareció volar un instante, y fue a caer en brazos de Star, que la abrazó afectuosamente.

–¿Adónde va, pequeña tonta? ¡Escaleras arriba!

–Pero... pero...

Harry tiraba ya de ella, así, que no tuvo más remedio que seguirlo, a trompicones, armando tal ruido, que después del primer tramo, él se detuvo.

–Será mejor que se quite... ¡Ssssst!

Le pasó un brazo por los hombros, y la obligó a encogerse, acuclillada detrás de los barrotes del pasamanos, en el rellano. Acercó la boca a una oreja de Harriett.

–Ni respire –susurró.

Ella contenía el aliento, desde luego. Y ni siquiera tres segundos después, por debajo del tramo de escalones vio aparecer al primer hombre, corriendo hacia la puerta del edificio. Inmediatamente detrás, otros dos, también con la pistola en la mano. Al llegar al portal se detuvieron, y guardaron las pistolas. Uno de ellos salió a la calle, con forzada naturalidad, mirando a todos lados...

Harry atrajo la cabeza de Harriett contra su pecho, echándose hacia atrás. Se oía el jadear de dos de los hombres, y les llegó nítidamente la voz del tercero:

–¡Malditos sean...! ¡Han conseguido salir...!

–Hay que buscarlos. Ese tipo...

La voz se perdió en un murmullo. Harriett había cerrado los ojos, y respiraba contenidamente. Estaba palidísima, comprendiendo, poco a poco, lo que habría sucedido si hubiesen salido a la calle alocadamente: los llevaban tan cerca, que les habrían alcanzado antes de llegar tan siquiera a la más próxima esquina, y les habrían disparado por la espalda sin vacilar. En cambio, ahora, por mucho que les buscasen por las calles cercanas, no les encontrarían, y finalmente creerían que habían conseguido escapar..., si tenían suerte.

–Está temblando, señorita Baker. ¿Acaso tiene miedo?

Apartó la cabeza del pecho de Harry, y le miró. Él intentó sonreír, y consiguió una mueca aceptable. Harriett emitió un tremolante suspiro, volvió a apoyar la cabeza en el pecho de él, y se quedó inmóvil.

Afuera, en la calle, se oía el paso de algunos vehículos, cada vez más espaciados. Y, de vez en cuando, unas pisadas humanas, pero brevemente, sin que se adentrasen en el edificio...

–No se mueva de aquí. Echaré un vistazo.

–No, no... Es mejor que esperemos más...

–Estarán dando vueltas con el coche, buscándonos... Mejor dicho: eso es lo que habrán hecho, antes de marcharse definitivamente. Espéreme aquí.

Harry Star regresó cinco o seis minutos más tarde, se sentó en el segundo escalón del segundo tramo, encendió dos cigarrillos, y le tendió uno a Harriett.

–Me parece que tenemos vía libre... –murmuró–. Hijita, ¡en menudo lío me ha metido usted!

–Lo... lo... lo siento...

–Pues qué bien. ¡Caracoles! Esto no tiene nada que ver con seguir señoras o caballeros y tonterías así, ¿verdad? Tiene que ser algo mucho más importante... Importantísimo. ¿De verdad no recuerda nada que pudiera decirle Nelligan, y que nos sirva de pista?

–No... Nada. Ya le dije que... el último caso fue el de la viejecita que...

–Drogas... Hum... No, no. Además, quedamos en que el jovencito en cuestión no tomaba drogas, ¿verdad? Demonios: ¿en qué jaleos andaría metido el maldito Nelligan?

–¿Qué... qué vamos a hacer ahora?

–¿Qué se le ocurre a usted?

–No sé... Desde luego, usted no puede volver a su apartamento, porque..., porque... Bu... bueno, yo... yo... yo... Si quiere venir al mío...

–¿A... qué?

–Pu... pues no sé... A... a dormir... ¿No?

–Sería el sueño eterno, querida mía. ¿No comprende que su apartamento

también está en el ámbito de esos sujetos? Vamos, despierte: ¿cree que me buscarán solamente a mí... o a los dos?

–Dios mío...

–Y despidámonos, también, por el momento, de nuestras respectivas oficinas. Lo más sensato sería llamar a la policía, porque la cosa va en serio; aquellos sujetos eran asesinos profesionales, se lo aseguro... ¡Brrr! –se estremeció–. No son gente con la que se pueda jugar.

–Pero..., ¿quiénes son? ¿Quién les ha dicho que... que nos matasen...?

–Buena pregunta. Tenemos tres candidatos: Blondie, Sam Libby y Herbert Melville. ¿Por cuál vota usted?

–¿Cree que uno de los tres...?

–Mire, querida tía Harriett. Es evidente que el señor Melville mintió, puesto que Nelligan tenía su número de teléfono. Aunque debo admitir que quizá la llamada no fuese para el señor Melville, sino para uno de sus criados. Posible, ¿verdad? Luego, tenemos a Blondie, que me parece una cabecita tonta, apta quizá para obedecer, pero no para mandar... ¿Comprende? Y por último, tenemos a Libby... Ese sí encaja. De modo que vamos a hacerle una visita.

–¡¿Está loco?! –exclamó Harriett.

Harry señaló el bolso de Harriett, que había dejado antes en el suelo.

–Supongo que lleva dinero ahí.

–Sí, claro...

–Bueno, pues salgamos de aquí, yo tomo un taxi, y me voy a ver a Libby. Usted puede irse a un hotel. Y ya nos veremos.

–¡Yo no me separo de usted!

–¿Lo ve? –guiñó un ojo, Harry Star–. ¡Yo le dije que íbamos a ligar, tía Harriett!

Capítulo VII

Sam Libby tenía su vivienda en el piso de encima del estudio fotográfico, y allí se hallaba, sentado en el confortable sofá y con un vaso de whisky en las manos, esperando que sonase el teléfono, cuando sonó... el timbre de la puerta.

Frunció el ceño, miró su reloj de pulsera, miró de nuevo hacia el teléfono y se puso en pie. Salió al pasillo y, de pasada, se contempló en el espejo de recargada cornucopia: estaba guapísimo con su batín de seda y su pañuelito al cuello.

Llegó a la puerta, apartó el medallón de latón que ocultaba la mirilla, y acercó un ojo.

Casi respingó, y desde luego, palideció.

Se apartó vivamente, irguiéndose... ¿Qué había ocurrido? ¿Cómo era posible que ella estuviese allí? ¿Y... qué hacía? ¿Abría o no abría la puerta? Claro que ella debía haber visto la luz desde la calle...

Bien. ¿Qué podía temer de una mujer como aquélla?

Así que abrió la puerta, y sonrió, aparentando sorpresa.

–Señorita Baker, ¿qué hace usted...?

–Cu-cú –apareció Harry Star a un lado de la puerta–. ¿Me conoce?

Esta vez, el respingo de Sam Libby fue completo, y la palidez bastante más intensa. Su reacción fue en verdad estúpida: saltó hacia atrás, empujando la puerta para cerrarla. Harry Star sólo tuvo que adelantar una mano, detener el impulso de la puerta, y empujar a su vez, al parecer con mucha más fuerza, porque Libby salió despedido hacia atrás, perdió el equilibrio, y rodó por el suelo.

Cuando se puso en pie, Harry y Harriett ya estaban dentro, y ella cerraba la puerta.

–Me parece que sí me conoce –dijo él–. ¿Verdad, señor Libby? Me conoce tanto, que hasta ha tenido tiempo de llegar a la conclusión de que le soy antipático, y por lo tanto, persona que debía ser eliminada. De modo que envía a tres gusarapos a mi apartamento, y ellos esperan a que llegue una hora discreta para cumplir sus órdenes. Fuma que te fuma, ven de pronto que la luz de mi apartamento se apaga. ¡Anda!, se dicen, ¡el tipo se ha acostado! ¡Va a ser fácil! Y suben a por mis huesos y los de la señorita Baker. ¿A que sí, señor Libby? ¿Y a que no esperaba usted mi visita? ¿A que no? Pero hombre, póngase en pie, no se haga el enanito, que es usted un guapo y real mozo... Permítame ayudarle.

Se acercó a él, lo asió por las solapas del elegantísimo batín de seda y le puso en pie de un tirón..., momento que aprovechó Libby para lanzarle un terrorífico golpe al estómago, acertándole de lleno.

Harry Star se encogió, como si en lugar de golpearle en el estómago acabasen de pillarle un dedo en una puerta. Luego sonrió, de un modo que dejó petrificado a Libby cuando se disponía a golpear de nuevo... Tan petrificado, que no terminó el golpe.

En cambio, Harry Star le metió el puño en el vientre hasta el codo, en un golpe extraño, alucinante, con un recorrido brevísimo de su puño derecho; igual que el velocísimo y poderoso movimiento del cilindro de un motor: atrás y adelante. Sam Libby se encogió, quedó lívido, con la boca abierta, los ojos desorbitados... El siguiente trastazo de Harry le alcanzó en la nariz, que reventó como un tomate pisado por un elefante... Star soltó el batín, siguió a Libby, se inclinó para volver a tomarlo por el batín, y le puso en pie.

–Cuando termine contigo –susurró– se te olvidarán las palabras necesarias para dar órdenes de que asesinen a una mujer, guapo.

El cilindro de motor volvió a funcionar, y Libby quedó con el color de la muerte. Un directo cortísimo le partió los labios, y un cruzado casi le arrancó una oreja... Con cuatro golpes más, Harry Star le llevó hasta el *living,* donde le abatió definitivamente con un tortazo lleno de desprecio.

Acto seguido, Harry Star se dejó caer en el sofá, con las manos en el vientre.

–¡Ay, ay...! ¡Cómo duele, maldita sea mi estampa...!

En la puerta del *living* estaba Harriett, contemplándole con expresión desorbitada, incrédula, y lanzó un gritito y corrió hacia él al oír su queja.

–Se..., señor Star, ¿qué... qué le pasa...?

–El golpe que me ha dado este tío... ¡Ay, ay, ay..., cómo duele el maldito!

–Pe... pero..., ¿qué golpe? –casi gritó, a pleno pulmón, la señorita Baker.

–¿Cuál va a ser? ¡El que me ha dado antes, ¿no?!

–¿Y le... le duele... ahora?

Harry Star se dio un par de masajes en el estómago, y miró hoscamente a Harriett.

–A mí me duele cuando me da la gana, ¿se entera? ¡Vaya a buscar una jarra de agua!

Harriett salió a toda prisa, y regresó un minuto después, con la jarra llena de agua. Harry acudió a su encuentro, tomó la jarra de agua y bebió un trago. Luego, suspiró..., y tiró el resto del agua sobro la cabeza de Sam Libby, que se movió un poco y murmuró algo.

–Me parece que necesitaremos otra jarra –dijo Star.

Con otra jarra fue suficiente. Sam Libby quedó lo bastante despejado para darse cuenta de la situación. Sobre todo, después de que Harry lo sentase en un sillón de una sonora bofetada.

–Perdone el abuso, señor Libby dijo, pero es que la señorita Baker tenía la impresión de que usted era más fuerte que yo, y he querido impresionarla un poco. Claro que –miró a Harriett–, si aún no ha decidido cuál de los dos es más peleón, podemos empezar el segundo asalto... ¿Qué le parece, Harriett?

–Por... por mí está bien... –aceptó ella.

–Ah. ¿Y por usted, Libby? –la mirada de Harry se endureció bruscamente–. ¿Está bien así y nos dedicamos a charlar en serio..., o seguimos a ver quién recibe más bofetadas?

–Esto le... le costará caro...

–Ya me pasará la factura. Mientras tanto, soy yo quien se la está pasando a usted. Y ya no bromeo, Libby. ¿Está claro? Así que sea sensato, y quizá todavía pueda arreglar su cara... Pero le advierto que si sus respuestas no me gustan, se la dejaré en tal estado que ya no tendría arreglo ni aunque fuese de plástico. ¿De acuerdo? Pues vamos a empezar..., y por el principio, naturalmente: ¿dónde está Joe Nelligan?

–No lo sé.

Harry estuvo un par de segundos mirándole torvamente. De pronto, le asió por los cabellos, le puso en pie de un tirón, y echó el puño derecho hacia atrás..., para espanto de Libby, que aulló:

–¡Está muerto! ¡Está muerto, muerto, muerto...!

Star quedó petrificado un instante. El tiempo justo que tardó Harriett en comprender realmente aquellas palabras y dejarse caer en el sofá, sollozando, ocultando el rostro con las manos. Harry vaciló, acabó por sentar a Libby de un empujón, y fue hacia ella. Le puso una mano en un hombro.

–Harriett... Por favor, Harriett, no llore...

–Le... le han asesinado... –sollozó ella–. ¡Usted tenía razón, le han asesinado...!

–¡Cálmese! –Harry le acarició la cabeza–. Esto ya no tiene remedio. Ahora tenemos que... que terminar con esto. Y ya no vamos a esperar más: avisaremos a la policía. Se lo ruego, cálmese.

Le tomó el rostro entre las manos, alzándolo. Frunció el ceño, le quitó los lentes, y le entregó su pañuelo. Luego, se volvió hacia Libby.

–¿Le mató usted?

–¿Yo? –se aterró Libby–. ¡No!

–¿Quién lo hizo, entonces?

–No lo sé... ¡Se lo juro!

–¿Cómo sabe que está muerto, entonces?

–Me... me lo dijo Mae...

–¿Mae Owells? ¿La bella Blondie?

–Sí... Sí, ella.

–¿Quizá le mató ella?

–No... no lo sé... Supongo que no... ¡No lo sé!

–Libby, si usted no habla claro nos vamos a pasar la noche conversando tontamente. ¿Quiere explicarse de una maldita vez?

–Es que... Bueno, Nelligan nos... nos hacía chantaje...

–¿A quiénes? –se asombró Harry–. ¿A usted y a Blondie?

–Sí.

–¿Qué clase de chantaje? ¿Y por qué motivos? ¡Y no me haga hacer más preguntas, dígalo todo de una vez!

–Sí... Sí. Bueno, un... un día, Mae vi... vino a... a decirme que...

–¡No tartamudee!

Sam Libby tragó saliva, suspiró, y empezó de nuevo:

–Un día, Mae vino a verme, y me dijo que tenía que hacerles fotografías a

ella y a unas amigas suyas... Fotografías como la que usted tiene de Mae, ¿comprende? Yo no tuve inconveniente, claro... Ella me dijo que si conocía algunas chicas más como aquéllas; que necesitaba unas cuantas que fuesen bonitas, elegantes y... y complacientes..., porque tenía un grupo de... de clientes. Yo conocía algunas chicas así, de las que vienen a hacerse fotografías para portadas de revistas y cosas así. Le di las señas de tres o cuatro, no recuerdo, y Mae fue a hablar con ellas. Supongo que llegaron a un acuerdo, porque Mae vino días después, y me dio algo de dinero. Me dijo que los clientes habían quedado muy contentos, y que si conocía más chicas, las fuese avisando. Y así lo fuimos haciendo...

–Concretamente, ¿qué hacían esas chicas?

–Bueno, creo... creo que iban a un sitio donde se reunían todas, y luego llegaban... unos clientes, y, pues... Bueno, se divertían...

–Entiendo. Pero, ¿qué tenía que ver Nelligan con esta... porquería?

–Hacía tiempo que Nelligan andaba tras Mae, me lo dijo ella. Y se reía, diciendo que le tenía loco... Un día, hace poco, Joe Nelligan se presentó aquí, me enseñó unas cuantas fotografías de las chicas que yo había recomendado a Mae, y me dijo que estaba al corriente de todo. Como siempre seguía a Mae, se dio cuenta de lo que ocurría y así conoció a las chicas. Las siguió a todas hasta el lugar donde se reunían con los clientes, y comenzó a tomar fotografías de todos y de... de todo. No sé cómo pudo lograrlo...

–Seguramente, porque era un buen investigador privado, ¿no le parece? Dígame: ¿Nelligan vino a enseñarle las fotografías a usted? ¿Por qué?

–Él creía que yo era el que dirigía toda la... la flota de muchachas, y quería... que le diese una parte del negocio...

–¡Mentira! –exclamó Harriett, lívida.

–No es mentira –jadeó Libby–. Él creía que yo dirigía el asunto, y vino a hacerme chantaje... Dijo que no quería perjudicar a Mae, pero que yo le importaba un pimiento, y que quería una buena tajada de tan lucrativo negocio. Yo le dije que estaba loco, y él dijo que se había asegurado de la personalidad de los clientes, que todos eran turistas sudamericanos muy ricos, y que alguien iba a tener que darle una buena cantidad de billetes a cambio de no complicar las cosas. Me dejó unas copias de las fotografías que había tomado, y me dijo que lo pensase bien, que tenía veinticuatro horas para decidir.

–¿No le amenazó con avisar a la policía? –murmuró Harry.

–No... Él sólo quería dinero. Mucho dinero, una buena parte del negocio. Era un maldito cochino desaprensivo... Igual que Mae y que yo. Después de dejarme las fotos, se fue. Yo llamé a Mae, y le dije lo que ocurría. Mae dijo que ella se encargaría de Nelligan, que podía manejarlo como quisiera, y que conseguiría que le entregase los negativos de las fotografías, y todas las copias que tuviese. Fue a la casa de él, y él..., él le exigió todo lo que quiso... Quiero decir que la... que...

–Lo entiendo –masculló Harry, mirando de reojo a la alucinada Harriett,

que estaba viendo desmoronarse la personalidad del hombre para el que había trabajado.

–Bien. Nelligan, al fin, consiguió lo que quería de Mae, y le dijo que tenían que seguir viéndose; continuar siendo buenos... amigos. Ella le dijo que de acuerdo, pero que tenía que entregarle los negativos. Y entonces, él se echó a reír. Dijo que de eso, nada; que él, además de tenerla a ella, quería una parte del asunto. Mae le dijo que ella no podía tomar decisiones, pues sólo era la... reclutadora de las chicas... Nelligan le dijo que se las arreglase como quisiera, pero que él quería que siguiesen viéndose y una parte del negocio. Mae tuvo que prometerle que expondría el caso a su jefe, un tal Malcom...

–Malcom..., ¿qué más?

–No lo sé. Nunca lo he visto. Conozco a un par de amigos de Mae, pero no a Malcom. Bueno... Ya no sé nada más.

–¿Cómo, que no sabe nada más?

–No... Es decir, yo llamé a Mae ayer, le pregunté cómo estaba el asunto, y me dijo que no me preocupase, que ya lo habían resuelto. Me hizo comprender claramente que Nelligan jamás podría volver a molestarnos. Yo..., yo tenía que comprender que los amigos de ella le habían matado...

–Claro. Y antes, esta tarde, la avisó de que íbamos a verla, ¿no es cierto?

–Sí... Sí, lo hice.

–Y luego, ella envió a sus amigos a matarnos a la señorita Baker y a mí.

–No sé... Bueno, ella me dijo que... que no me preocupase, qué de un modo u otro arreglaría el asunto. La he llamado hace un par de horas, y me ha dicho que estuviese tranquilo, que pronto me llamaría para decirme que las cosas estaban arregladas definitivamente... respecto a ustedes dos.

–Ya. En cuanto a los registros efectuados en la oficina y en la casa de Joe Nelligan, supongo que sus amigos buscaban los negativos de las fotografías que tomó Nelligan.

–Sí.

–Pues esto no encaja, Libby.

–¿No... no encaja? No comprendo...

–¿Usted quiere hacerme creer que unos profesionales como los que he visto tras mis talones, están metidos en una porquería tan estúpida como eso de la flota de chicas alegres y complacientes? No... No, no, y no, Libby. Tiene que haber algo mucho más importante, mucho más... serio.

–No sé de qué habla. Para mí, todo es eso: las chicas, los turistas ricos sudamericanos, y ya está.

–Eso es una porquería, pero también una insignificancia. ¿Por eso asesinaron a Nelligan y querían hacer lo mismo con Harriett y conmigo? No. Yo creo que hay algo más, Libby.

–Yo no sé nada más, se lo juro.

–¿Sabe usted a quién pertenece el teléfono JE 5-4790?

–No.

–¿Le dice algo el nombre de Herbert Melville?

–No... No, seguro.

–Otra pregunta: a esas fiestas..., ¿iban solamente sudamericanos?

–¡Oh, no! La mayor parte eran de América del Centro y Sur, desde luego, pero también habían algunos hombres de aquí; sujetos cargados de dólares que venían a divertirse a Miami.

–Y también podía haber alguno de la propia Miami, ¿no?

–Supongo que sí, claro.

–¿Usted cree –intervino de pronto Harriett, mirando con los ojos muy abiertos a Harry– que el señor Melville era uno de esos... clientes de aquí, de Miami, y que el señor Nelligan le... le llamó para algo...?

–Sí, Harriett. Una cosa es segura: Joe Nelligan estaba dispuesto a sacarle el máximo de provecho a este asunto. Y como tenía las fotografías, quizá pudo identificar al señor Melville, así que le buscó en el listín, anotó el número, y le llamó, para pedirle dinero si no quería que, por ejemplo, circulasen algunas de sus fotografías durante una de las... fiestas con esa flota de... amables muchachas. Por eso, el señor Melville negó conocerle.

–Pero..., pero él debía saber, quizá, que el señor Nelligan había muerto...

–Es posible que llamase a Mae Owells, la bella Blondie, quejándose de la poca seguridad de discreción en las diversiones que ella preparaba. Y entonces, Mae debió decirle que no se preocupase, que olvidase completamente a Nelligan. Y así lo ha hecho el señor Melville.

–Entonces... ya lo tenemos todo resuelto. Sólo falta avisar a la policía para...

–¿Resuelto? Yo no lo creo así. En primer lugar, hay que encontrar el cadáver de Nelligan. En segundo lugar, tenemos que encontrar los negativos de las fotografías que él tomó en esas... alegres reuniones. Y en tercer lugar, yo sigo sin encajar a aquellos tres sujetos, en un asunto tan sórdido y miserable como éste. Esa clase de hombres no suele emplearse en trabajos de poca monta.

–¿Le parece que matar... es un trabajo de poca monta?

–No. Pero, ¿a usted le parece creíble que una flota de niñas juerguistas contrate a tres asesinos profesionales? Yo creo que eso es llevar la cosa demasiado lejos. Pero Mae nos lo explicará. Vamos.

–¿Vamos ahora a ver a la rubia?

–Claro, hijita. La vamos a empaquetar, le haremos unas preguntas que me convenzan de que todo está bien así, y se la llevaremos a la policía, que se las arreglará para encontrar el cadáver de Joe Nelligan y a sus asesinos... Usted también va a venir, Libby.

–¿Yo?

–Hombre, ¿qué esperaba? ¿Que le dejase aquí, con el teléfono a su alcance, después de todo lo que nos ha dicho? ¡Usted también irá empaquetado a la policía, mi amigo! Conque, ¡muévase!

–Pe... pero..., estoy en bata... Me pondré una chaqueta...

–Está bien así... –entornó los ojos Harry–. No me gustaría que encontrase

una pistola en su armario, Libby. Póngase en pie y camine. Vámonos, señorita Baker.

Empujó a Libby hacia el pasillo, y los dos fueron tras él. Salieron al descansillo, y Libby cerró la puerta, mirando de reojo a Harry, el cual, a su vez, no le perdía de vista. Le señaló escaleras abajo, en silencio, y Libby comenzó a descender.

Estaban ya en el portal cuando Harry Star se detuvo en seco, dándose una palmada en la frente, y volviéndose hacia Harriett.

–¡Soy un cretino! –exclamó–. ¡Los negativos...!

–¡Que se escapa! –gritó Harriett.

Harry respingó, y se volvió de nuevo hacia la salida... No tuvo tiempo más que de ver una pierna de Libby desapareciendo por un lado. Profiriendo una palabrota, Star se lanzó tras él, seguido de la señorita Baker.

Salieron a la calle como disparados, y vieron a Libby, corriendo enloquecido. Harry sacó su pistola, y la alzó.

–¡Libby, deténgase o...!

Todo sucedió en menos de tres segundos.

Al mismo tiempo que gritaba Harry, lo hacía Libby, desviando su marcha hacia un coche estacionado allí, junto al cual habían dos hombres, en la acera, y que respingaron al verle, mientras él les llamaba:

–¡Muchachos, el amigo de Nelligan...!

Como dos rayos, los sujetos sacaron su pistola, apuntaron a Libby, y dispararon a la vez. Libby lanzó un chillido, dio un salto hacia adelante, cayó de cabeza en la acera, y resbaló hasta los pies de los dos sujetos, que desviaban ya sus pistolas hacia Harry y Harriett.

Harriett chocó con la espalda de Harry al detenerse éste bruscamente, y cayó sentada al suelo. Harry tuvo una décima de segundo de vacilación, fruto del desconcierto por la muerte de Libby... Pero sólo fue eso: una décima de segundo. En seguida, disparó hacia los dos sujetos, que ya había identificado como sus visitantes de poco antes.

Su disparo, sin silenciador, chascó secamente en la East Flagler, por fortuna casi solitaria, pues eran cerca de las once de la noche... Y con el estampido de su disparo sonó el grito de uno de los asesinos profesionales, que pareció quedar pegado de espaldas al coche, estremeciéndose...

El otro disparó, cuando Harry se había dejado caer de rodillas, de modo que la bala chascó por encima de su cabeza y fue a rebotar en la pared..., mientras Harry volvía a disparar, demudado el rostro, pero firme el pulso. El otro asesino lanzó un aullido, dio media vuelta, y corrió a refugiarse tras el coche, cojeando..., mientras la puerta derecha de atrás y la del volante se abrían y comenzaban a salir dos hombres más...

–¡Corra, Harriett! –gritó Harry–. ¡Corra, corra...!

Al mismo tiempo, disparaba contra el coche, obligando a los otros dos sujetos a regresar adentro, a toda prisa... El herido en una pierna se asomó por detrás del coche, con la pistola por delante, y Harry volvió a disparar... La

cabeza desapareció, y Harry se volvió, dispuesto a correr en pos de Harriett.

Casi cayó de bruces al tropezar con ella, que seguía sentada, paralizada por el espanto. La asió de un brazo, y la puso en pie de un tirón.

–¡Por todos los demonios, corra! –aulló.

Harriett comenzó a correr, perdió un zapato, y cayó de bruces cuan larga era, deslizándose por el suelo. Se puso en pie con velocidad admirable, se sacudió el zapato del otro pie, y continuó corriendo hacia la esquina, mientras Harry se veía obligado a volverse, para controlar la situación.

Lo hizo justo a tiempo, cuando los dos del coche habían salido ya, y comenzaban a apuntarle... Disparó dos veces más, y los asesinos se tiraron al suelo, mientras el cristal parabrisas saltaba en diminutos fragmentos brillantes... Todavía estaba en el aire cuando Harry Star, corriendo como nunca en su vida, alcanzaba la esquina, giraba..., y tropezaba con Harriett, que se volvía, gritando:

–¡Har...!

–¡Estoy aquí, boba! ¡Corra!

Y vaya si corrieron. Cogidos de la mano, ella descalza, él con la pistola en la diestra y volviendo la cabeza, corrieron hasta que ella, se detuvo, a punto de caer. Estaba lívida. Quiso hablar, pero de su boca sólo brotaba un fuerte jadeo. Se tocó un costado, y movió negativamente la cabeza, mirando con ojos desorbitados a Harry, que comprendió; realmente, ella había llegado a su límite.

Los poquísimos transeúntes se volvían a mirarlos, sorprendidos, curiosos..., pero Harry llegó a la siguiente esquina, y cuando la doblaron redujo la marcha, caminando del modo más normal posible. Ni siquiera sabía dónde estaba.

Vio un portal, entró en él con toda naturalidad tirando de la mano de Harriett, y ella se dejó caer contra su pecho, abrazándose a su cintura. Se quedó allí, jadeando entrecortadamente, estremeciéndose, perdido el resuello. Harry la abrazó por los hombros con el brazo izquierdo, y se quedó mirando hacia el portal, todavía con la pistola en la mano, esperando... Le pareció oír, lejana, una sirena policial, pero ciertamente, no sería él quien saliese a la calle, todavía.

Podía ocurrirle lo mismo que a Sam Libby: recibir una tanda de balazos.

Y mientras iba recuperando el aliento, Harry Star se dedicó a pensar. Sí, no lo había soñado: Sam Libby había salido corriendo, escapando de él, y había visto a aquellos sujetos, los asesinos... Se había dirigido hacia ellos con la actitud de quien se considera salvado; les había llamado «muchachos», y había comenzado a advertirles que «el amigo de Nelligan iba tras él», sin duda. ¿Y qué habían hecho los dos sujetos?: habían disparado a una contra Libby, sin vacilar. Nada de balas perdidas, o cualquier accidente parecido... No. Habían disparado contra Sam Libby sin vacilar, para matarlo.

¿Por qué?

Cinco minutos más tarde, los dos respiraban con normalidad y Harriett

seguía abrazada a él, inmóvil, como si se hubiese dormido.

–Señorita Baker...

–¿Qué?

–Salgamos de aquí. Tenemos que ir a ver a Blondie.

–¡Oh, no, por Dios! La policía...

–Tenemos que ir nosotros; quizá encontremos allí unos zapatos para usted. Además, la policía ya no podrá hacer nada, con respecto a Blondie.

Capítulo VIII

Harry Star tenía razón.

Ni la policía, ni nadie, podría ya hacer nada con respecto a Mae *Blondie* Owells.

Estaba sentada en el sofá, con la cabeza echada hacia el respaldo, fijos los ojos en el techo. Llevaba sus altos zapatos rojos, su minifalda roja, su jersey azul escotadísimo... Y allá, casi en el ángulo del escote, se veían los feos orificios negruzcos, hinchados, con cierto tono rojizo como la sangre, ya seca, que se deslizaba por entre los sugestivos senos de la muchacha.

Había sido todo muy simple. Encontraron un taxi, se hicieron llevar cerca del chalet de Mae Owells, acabaron de llegar a pie, y encontraron la puerta abierta. Una vez en el saloncito, habían visto a Blondie, sentada, con los ojos abiertos..., pero parecidos a bolitas de cristal.

Harry se volvió hacia Harriett, que permanecía en el umbral del saloncito, inmóvil, contemplando a Mae Owells como si no pudiera entender aquello. Al notar que Harry la miraba, lo miró y musitó:

–Está... está muerta...

–Sí. Siéntese, señorita Baker: yo le buscaré un par de zapatos.

Colocó un sillón de espaldas al sofá, y sentó allá a Harriett, que parecía una muñequita incapaz de hacer nada por sí misma. Luego, fue al dormitorio de Blondie, abrió el armario, y vio los zapatos, abajo, bien ordenados sobre el tubo metálico. Escogió dos, los dejó sobre la cama, y se volvió de nuevo hacia el armario, comenzando a removerlo todo, sin grandes miramientos.

No tuvo ninguna dificultad en encontrar el álbum de fotografías, de gran tamaño. Fotografías como las que había tenido Joseph Nelligan en su armario. Y, desde luego, todas las chicas estaban vestidas de calamar recién pescado, esto es, sin nada. Magníficas fotografías «artísticas» a todo color: rubias, morenas, pelirrojas, castañas, trigueñas, gorditas, delgaditas... Susy, Peggy, Joan, Mary, Ruth, Sally, Carmencita, Monique...

Cerró el álbum, parpadeó, y lo volvió a abrir, contemplando ahora el reverso de una de las fotografías, donde sólo había una sigla y un número. Un número telefónico. Las demás también la tenían. Muy bien.

Salió del dormitorio con el álbum y los zapatos. Dejó el primero sobre la mesita redonda, se acuclilló ante los pies de Harriett y le tomó uno. Le iba a poner ya el zapato, cuando frunció el ceño.

–Tiene la media destrozada, señorita Baker.

–Es... es igual. No hace... frío...

–¿Quiere unas de Blondie?

–No... No. Se... señor Star, usted... usted sabía que íbamos a encontrar... muerta a esta muchacha...

–Me lo temía –Harry le puso un zapato–, por el modo en que aquellos hombres mataron a Libby.

–Yo... yo no comprendo...

–Es muy sencillo. Primero, los enviaron a matarnos a nosotros, pero

fracasaron. Entonces, sabiendo que estábamos libres y que podíamos acudir a la policía y denunciar a Libby y a Blondie, decidieron eliminarlos a ellos, para que no pudiesen decir nada a la policía.

–O sea, que... que si nos hubiesen matado a nosotros, a ellos no... no los habrían matado...

Harry le puso el otro zapato, y se incorporó.

–Eso es. Pero alguien tenía que guardar silencio, y como nosotros habíamos escapado, tuvieron que cortar la pista que nosotros pudiésemos proporcionar a la policía. Así que primero vinieron aquí, mataron a Blondie, y luego fueron a matar a Libby... Si nosotros hubiésemos llegado al apartamento de éste veinte minutos más tarde, nos habríamos dado de narices con esos asesinos. Por mi madre... –pareció aterrarse de pronto Harry–, ¡todavía me pregunto cómo hemos podido escapar, dos veces, de esos sujetos!

–Usted... usted es muy valiente, y... y me defendió, y me protegió, y me...

–Oiga, menos rollo, tía Harriett. ¿Es que va a pedirme algo?

–No... –bajó la cabeza Harriett–. No, no.

–¡Ah, bueno! ¿Y sus lentes? –se sorprendió, de pronto.

–Los... los he perdido corriendo...

–Bueno, pues no creo que Blondie tuviese lentes, así que tendrá que pasarse sin ellos, por el momento. ¿O no puede ver bien?

–¡Sí, sí...! Sólo tengo un poco de astigmatismo; no necesito los lentes más que para trabajar, leer, ver televisión...

–¿Y por qué demonios los lleva siempre? –gruñó Harry.

–Porque es más cómodo que estar siempre quitándomelos y poniéndomelos.

El detective soltó un bufido, pero, de pronto, sonrió.

–Oiga, ¿se ha dado cuenta? ¡Usted está haciendo durante todo el día, un estupendo *strip-tease*!

–¿Yo? –se sobresaltó Harriett.

–Sí, mujer... Primero pierde la chaqueta, luego los zapatos, después los lentes... Acabará usted corriendo desnudita por la calle, si continúa a mi lado. ¡En menudo lío estamos metidos! –frunció el ceño–. De todos modos, sin chaqueta y lentes está usted más joven... Yo creo que podríamos rebajar su edad, de golpe, a los cincuenta y seis.

–Pu... pues ya... ya falta menos para los veintiséis... ¿No?

–Sí, en efecto... –Harry ladeó la cabeza, y estuvo unos segundos mirándola como sorprendido–. Bien, como hasta mañana no podemos recoger los negativos de Nelligan, aprovecharemos el tiempo visitando a Susy, o a Carmencita, o a Ruth, o a Mary... ¿Las conoce?

Tomó el álbum, y lo puso en el regazo de Harriett, que lo abrió, cerró los ojos, y lo cerró.

–¿Estas chicas son... son...?

–Son la «flota» de muchachas complacientes, supongo. Iremos a ver a una de ellas, a ver si sacamos en claro alguna cosa más..., porque a mí, esto me

huele mucho peor que mal. Esperemos que entre los negativos y estas chicas...

–Pe... pero no tenemos los... los negativos...

–Los tendremos mañana, cuando abran el Banco.

–¡Pero si no están allí! Recogimos...

–Están allí. Eso es lo que iba a decirle, cuando Libby se escapó corriendo... ¿Recuerda que habían dos pequeñas cámaras fotográficas de bolsillo en la caja de alquiler?

–Sí... Claro.

–Pues los negativos tienen que estar allí, colocada la película en una de las cámaras. O quizá haya una película en cada cámara.

–¿Cómo puede saber eso? –exclamó Harriett.

–Listo que es uno. Aunque la verdad es que «deseo» que estén allí. No estoy seguro. Y ahora, será mejor que nos larguemos de aquí, antes de que los supervivientes del grupito de asesinos vuelvan a buscar el cadáver de Blondie.

–¿Van a volver? –se puso en pie, de un salto, Harriett.

–Si se reorganizan, creo que sí volverán: tienen que retirar el cadáver, ¿no lo comprende? Primero, la matan. Luego, van a matar a Libby. Luego, habrían esperado una hora mucho más discreta para retirar los dos cadáveres, cada cual de su domicilio.

–¡Tenemos que irnos ahora mismo, y avisar a la policía...!

–Desde luego que nos vamos... –Harry tomó de una mano a Harriett–, pero he reflexionado respecto a eso de la policía, Harriett. No la avisaremos..., por ahora. No vaya a perder también el álbum, ¿eh? Y dígame la verdad: ¿Está muy cansada?

–Estoy derrengada.

–Me lo temía. Bueno, en ese caso será mejor que busquemos un sitio para pasar la noche, y mañana, bien descansados, seguiremos con esto. ¿Qué le parece la idea da pasar la noche conmigo en un motel?

–¡Oh, sí!, por mí, ¡sí...!

–Pero no se acostumbre –sonrió Harry Star.

Eran más de las doce de la noche cuando «el señor y la señora Star» entraban en una cabaña de un discretísimo motel en North Miami Beach, cerca de Greynolds Park. Harry se fue directo al dormitorio, tomó una manta del armario, y fue a tirarla sobre el sofá del agradable *living,* siempre bajo la atentísima mirada de Harriett Baker, que susurró:

–¿Dormirá bien ahí?

–He dormido en sitios peores, señorita Baker. Buenas noches.

–Buenas noches... Mmm... Señor Star...

–¿Sí, señorita Baker?

–¿Por qué no quiere avisar a la policía? Usted mismo fue el primero en decir que sería mejor hacerlo.

Harry Star vaciló, se quitó un zapato, frunció el ceño, se quitó el otro zapato, y se sentó en el sofá.

–Se lo voy a decir, señorita Baker... –murmuró–. En cierto modo, está

relacionado con eso de que he dormido en sitios peores. Hasta la fecha, y pese a ser un hombre honrado e inteligente, no se puede decir que haya triunfado... ¿Y sabe por qué?

–No... –Harriett se sentó junto a él, en el sofá–. ¿Por qué?

–Precisamente por ser excesivamente honrado.

–Nunca se es «excesivamente» honrado, señor Star.

–En el fondo, usted tiene razón –admitió él–. Pero algunas veces conviene ser un poco pillo. No es que me guste, pero..., estoy harto de llevarme las migajas. Usted debe creer que soy un novato, en esto de la investigación privada, ¿verdad?

–No sé...

–No soy un novato. He puesto oficinas en Nueva York, en San Francisco, en Nueva Orleáns, en Denver... Solamente tengo treinta y cuatro años, pero he corrido lo mío. Con excesiva honradez. Déjeme terminar... En algunas ocasiones, he tenido buenos casos, que muy honradamente he compartido hacia el final, con la policía... ¿Y sabe qué ha ocurrido siempre?

–Que el triunfo final se lo llevó la policía –murmuró ella.

–He aquí una secretaria de mente penetrante... Así ha sido siempre, en efecto. Pero esta vez, no será así. Ya es suficiente. Entienda bien que si de mi actitud dependiera la vida de alguien, ahora mismo estaría con la policía, pero..., ¿a quién perjudico con mi silencio? Fíjese qué clase de personas han muerto: Joe Nelligan, que, usted lo ha oído tan bien como yo, era un sinvergüenza desaprensivo; Sam Libby, un sujeto que estaba esperando tranquilamente que le llamaran por teléfono para oír que ya nos habían matado a nosotros, y poder así retirarse a dormir «tranquilamente»; Mae Owells, una... muñeca que dirigía un grupo de... muñecas, y que avisó al tal Malcom para que nos matase... Y creo que, por lo menos, a uno de aquellos asesinos lo he matado yo. Cuatro... escorias. Si yo voy ahora a la policía y les digo lo que ha pasado, no sólo quizá me busquen complicaciones sino que, lo mejor que puede ocurrirme, es que me aparten de un manotazo y terminen ellos este asunto. Y ya tenemos otra vez a Harry Star hecho un tonto. No. Esta vez, yo terminaré el caso, para mi propia gloria o muerte. Si muero, que me entierren. Si triunfo, seré el investigador privado más famoso de Miami. Y ahí es donde quiero llegar, señorita Baker. ¿Le parece mal?

–Yo... yo le ayudaré, señor Star.

–¿Sí? ¿Cómo?

–Haré lo que usted diga... Ya no puedo pagarle lo convenido, porque el señor Nelligan era el que tenía dinero, y le habría pagado él, por ayudarle. Pe... pero yo puedo..., podría ser ahora la... la secretaria de usted.

Harry Star se hurgó con un dedo en una oreja.

–¿He oído bien? –exclamó–. De manera que me mete usted en el lío..., ¿y ahora quiere que le pague un sueldo, en lugar de cobrar yo mis honorarios? Hijita, usted además de tener chispa tiene la cara más dura que una plancha de acero.

–Si no quiere, no me pague... –murmuró ella, bajando la mirada–. Pero me gustaría ayudarle a que usted fuese famoso, y ganase mucho dinero, y... y tuviese suerte, de aquí en adelante.

–¡Zambomba...! Y todo esto, ¿por qué?

–Porque no es usted como yo creía.

–¿Quiere decir que le parezco mejor?

–Mucho mejor, sí.

Harry Star frunció el ceño, y acabó sonriendo.

–Se ha ganado usted diez años más de juventud, señorita Baker: a partir de ahora, su edad es de cuarenta y seis años. Siga por ese camino y se convertirá en un bebé. Buenas noches. Ah: ¿será tan amable de apagar la luz? Muchas gracias.

Harriett Baker todavía estuvo unos segundos inmóvil, sentada junto a Harry Star. Por fin, se puso en pie, y fue a apagar la luz. Star la estuvo mirando, recortada en el resplandor que entraba por una de las ventanas, procedente de las instalaciones exteriores del motel...

La voz de ella le pareció a Star como una brisa dulce y cálida:

–Buenas noches, Harry.

–Buenas noches, Harriett...

Capítulo IX

El fotógrafo salió de sus secretos dominios de luces, sombras y revelados, mostrando el ceño fruncido, la expresión decididamente hosca. Se plantó delante de Harry y Harriett, que esperaban desde hacía un buen rato, sentados, en silencio, como ajenos el uno al otro. Su mirada pareció querer traspasar a Harry Star.

–Mire, amigo, el trabajo está en marcha y se lo vamos a terminar, pero se lo advierto: no vuelva por aquí con esa clase de material. ¿Está claro?

–¿Qué tiene de malo el material? –sonrió Harry.

–Se lo diré: tengo como ayudante a un muchacho de dieciséis años, y no quiero líos. Esas cosas no son para que las vea un chico de esa edad. A mí me importa un pito lo que haga fuera de aquí, pero en mi establecimiento...

–Está bien, está bien –alzó las manos Harry–, lo tendré en cuenta. No creí que fuese a molestarle tanto, francamente.

–Bueno, pues ya lo sabe.

El fotógrafo dio media vuelta, y regresó al trabajo que Harry Star le había encargado poco antes: obtener copias de los negativos que, en efecto, habían encontrado en las dos cámaras fotográficas de bolsillo que Joe Nelligan tenía en su caja de alquiler del Banco. Con lo cual, la admiración de la señorita Baker hacia el investigador privado estaba en perpetua alza.

De vez en cuando, lo miraba, y parpadeaba lentamente, como si se estuviese preguntando cosas muy extraordinarias respecto a Harry Star. Luego, bajaba la mirada, y parecía dedicarse a encontrar las respuestas.

Por fin, hacia las once de la mañana, el fotógrafo entregó las copias obtenidas de los negativos, en un sobre. Por detrás de él, en la puerta del laboratorio, el dependiente de dieciséis años miraba con picara sonrisa a Harry y Harriett. El primero pagó el trabajo, refunfuñó las gracias, y se dirigió hacia la puerta, seguido de la señorita Baker. Abrió, le cedió el paso, y fueron hacia el coche que habían alquilado aquella mañana, apenas abandonar el motel.

Una vez instalados en el asiento delantero, Harry sacó las fotografías, y movió la cabeza al ver la primera. Ya las había visto todas mirando al trasluz los negativos, pero vistas así, en copias, resultaban terribles.

–¿Hace buen día, señorita Baker? –preguntó.

–Sí... –se desconcertó ella–. Sí, claro: muy bonito...

–Pues contemple las flores, las palmeras y a los tipos que pasen. Le aseguro que no tiene usted ninguna necesidad de ver estas fotos.

Harriett asintió con un gesto, y se dedicó a mirar por la ventanilla, mientras Harry iba pasando las fotos, en las que iba identificando a Sally, Ruth, Mary, Susy, Carmencita... Y a sus amigos sudamericanos, tan morenos y simpáticos... Una cosa tenía que admitir, por mucho que le fastidiase: Joe Nelligan había sido un fenómeno en su trabajo. ¿Cómo demonios se las había arreglado para conseguir aquellas fotografías? Porque hacía falta temple y habilidad para ello, sin la menor duda.

Además de las escenas de diversión, habían un par de fotos en las que se

veía una granja. Sí, debía ser una granja, o algo así. Estaba junto a un lago... O junto a unos pantanos, tan abundantes en Florida. Se dijo que posiblemente debían ser de Los Everglades, mucho más cerca de Miami que los del Norte. Sí, seguramente, las fiestas se celebraban hacia el Sur, en aquella granja...

De pronto, se quedó inmóvil contemplando una de las fotografías.

–¿Qué te parece? –masculló.

–¿Qué...? –volvió hacia él la cabeza Harriett.

–Hablaba conmigo mismo. Pero..., ¿conoce usted a este caballero, ahora que lo podemos ver bien?

Le tendió la fotografía en cuestión. Harriett se mordió los labios al verla, y la devolvió en seguida.

–Es el señor Melville –murmuró.

–Efectivamente. O sea, que yo estaba en lo cierto. Podemos pensar que Nelligan quizá proyectaba hacerle chantaje directo al señor Melville, ¿no le parece? Lo que me pregunto es si el señor Melville sabe lo que le ha ocurrido a Nelligan. Si no lo sabe, si el hombre se limitó a protestar ante Mae por no haber previsto esto, no pasa nada. Pero si Melville sabe que Mae ordenó la muerte de Nelligan..., ¿qué le parece que puede pasar, tía Harriett?

–¿Cree... que querrán matar también al señor Melville?

–Se está usted ganando el puesto de secretaria –asintió Harry, sombrío–. Bien, ya es hora de buscar un teléfono que nos vaya bien para lo nuestro. ¿Recuerda bien todo lo que tiene que decir?

–Sí... Sí, sí.

Se alejaron de allí. Minutos después, Harry detenía el coche cerca de un bar cuyo aspecto le pareció adecuado.

–Vamos a tomar un café –dijo.

Cierto. Habían solamente dos personas en el bar. Al fondo estaba el teléfono, y cerca de él algunas mesas. Harry y Harriett ocuparon una de ellas, pidieron café, y, mientras lo esperaban, Harry fue al teléfono, y marcó el número de Herbert Melville. Tuvo que convencer al criado que atendió la llamada, pero consiguió comunicación con Melville.

–¿Qué desea usted ahora, señor Star? –oyó su voz.

–Voy a ser muy breve, señor Melville –susurró Harry–. Mire, si usted no sabe nada, quédese tranquilo en casa. Pero si sabe lo que ocurrió con Joe Nelligan, créame: salga de ahí pitando y vaya a un lugar donde nadie pueda encontrarlo durante unos días. ¿Me entiende?

–No.

–¿No? Bueno, allá usted. El asunto policial se resolverá a su debido tiempo. Pero, mientras tanto, piense en lo que le he dicho. Adiós, señor Melville.

–¡Star! ¿Dónde está ust...?

Harry colgó, y fue a sentarse delante de Harriett. Sacó el papel en el que había anotado los nombres y los teléfonos de las chicas del álbum, y se lo entregó.

–Lo he puesto por orden de preferencia en la llamada. Sobre todo, Harriett, sea convincente.

–Lo... lo intentaré.

–Estupendo. Oiga, ¿por qué le tiene tanto apego a ese maldito moño? Se lo advierto: si desea ser mi secretaria tendrá que llevar un peinado más juvenil, y maquillarse un poco, y comprarse un par de minifaldas tremendas..., y usar los lentes cuando los necesite y nada más que cuando los necesite. De este modo, quizá saquemos partido de usted.

–¿Y para qué?

–Bueno, hijita... –farfulló Harry–. Usted qué prefiere contemplar: ¿una flor o un cactus?

–Hay cactus muy bonitos.

–¡Pues a mí me gustan más las flores, qué demonios! Conque ya lo sabe.

–Sí, señor... Voy a telefonear.

–Eso.

Harry se quedó en la mesa, observándola. Y frunció el ceño cuando el primer intento, evidentemente, fracasó. Harriett se volvió a mirarlo, un poco sofocada, y marcó el siguiente número. Trajeron el café. Harry echó azúcar en los dos, removió los dos, y encendió dos cigarrillos, dejando uno en el cenicero. Todo esto, sin perder de vista a Harriett, que estaba hablando ahora muy animadamente, pero sofocada, desde luego. La verdad era que una conversación como aquélla no encajaba mucho en una mujer como la señorita Baker, pero...

Ella colgó, y se acercó, brillantes los ojos.

–Ruth –dijo, simplemente.

–¿A qué hora?

–En seguida: a las doce.

Harry miró su reloj, y asintió.

–*Okay!* Tómese el café. Espero que no me guarde rencor por haberle reservado ese papel, pero comprenda: con mi voz, difícilmente podría haber convencido a ninguna de esas chicas de que soy una jovencita que busca... contactos. ¿No ha desconfiado?

–No, no... Creo que no.

–¿Qué le ha dicho, la primera?

–Me ha enviado a un sitio.

–Lo siento –dijo Harry.

Pero no pudo evitar la carcajada. Harriett le miró enfurruñada, se tomó el café, y se puso en pie, cogiendo el cigarrillo. Harry dejó un billete sobre la mesa, se puso en pie, y le pasó un brazo por los hombros.

–Tía Harriett –sonrió–: si llego a ser el más famoso detective privado de Miami, le compraré un piano de doce mil dólares. Con una condición.

–¿Cuál?

–Que me enseñe a tocarlo –rió Harry Star.

De nuevo al coche alquilado. Y veinte minutos después, cuando todavía

faltaban cinco para las doce, detenían el coche delante de la dirección indicada por Harriett.

–Ahí debe ser... Me ha dicho el 28 de la South West 28th Terrace.

–Fácil de recordar.

Entraron en el edificio, de tres pisos, destinado a apartamentos de lujo, con grandes terrazas. Ruth vivía en el segundo piso, apartamento C, según se indicaba en el vestíbulo.

Y en cuanto la vio al abrir la puerta, Harry la identificó plenamente. Ella había empezado a sonreír al ver a Harriett, pero su ceño se frunció al ver a Harry, que apartó a Harriett, puso una mano en un hombro de Ruth, y la empujó hacia el interior del apartamento, que era una monería. Harriett entró y cerró la puerta.

Para entonces, Ruth, bastante despeinada y envuelta en una bata que era un primor, había conseguido reaccionar.

–¡Oiga! –comenzó a protestar–. ¿Qué se ha creído...?

–Ruth: ¿sabe usted que han asesinado a Mae?

La muchacha pareció no entender, por un instante. En seguida, palideció intensamente, y quedó como petrificada. Harry la tomó de las manos, que encontró rígidas y heladas, y la llevó a sentarse en un sillón.

–No estoy bromeando... –aseguró–. Anoche, un tal Malcom y otros tres la mataron en su casa, de dos balazos en el pecho. También mataron a Sam Libby... Y tengo la impresión de que si lo consideran necesario, las irán matando a todas ustedes. Señorita Baker: ¿quiere traerle un poco de agua a Ruth?

Harriett fue en busca de agua. Cuando regresó con un vaso, Ruth parecía todavía petrificada. La ayudó a beber, y miró a Harry, que asintió con un gesto.

–Yo soy quien la ha llamado, Ruth... –murmuró Harriett–. No es verdad lo que le conté, no busco... nada de lo que le dije. Trabajo para el señor Star, que es detective privado, y lo que quería era engañarla, para que usted me diese su dirección y no perder tiempo buscando su número de teléfono en el listín, para localizar su domicilio. Siento haberla engañado, pero era por su bien.

–¿Qué... qué es lo que quieren ustedes? –jadeó Ruth.

–Usted y otras chicas como usted –intervino Harry– acudían a unas fiestas fuera de Miami, en una granja, en la que habían extranjeros; preferentemente, al parecer, sudamericanos. Ruth: ¿qué más había allí, además de la... fiesta?

–Nada... Nada más... Nada.

–¿Está segura?

–Sí... Bueno, nosotras llegábamos allí de noche, y ellos ya estaban... Bailábamos, cenábamos, tomábamos unas copas...

–Ya sé todo eso. ¿Qué más?

–Nada... más.

–¿Usted conoce a un tal Joe Nelligan?

–No.

–¿Qué nombres conoce?
–Oh, ninguno. Ninguno. Allí nadie decía su nombre. Íbamos allá, hacíamos la fiesta, y por la mañana temprano nos volvíamos a Miami, sin saber nada. ¿Qué nos importaba a nosotras...?
–Entiendo. ¿Conoce usted a ese hombre llamado Malcom?
–No... No.
–Según creo, es el jefe de un grupito de asesinos profesionales. Son los que mataron a Mae y a Libby, anoche. Y no quisiera asustarla, Ruth, pero es posible que se dediquen a ir eliminándolas a todas ustedes.
–Pe... pe... pero..., ¿por qué? –chilló agudamente Ruth.
–No lo sé. ¿Usted tampoco?
–¿Yo?
–Está bien... ¿Sabría ir a la granja?
–Sí, claro.
–Estupendo. ¿Dónde está?
–Pues llegábamos hasta Florida City, y luego seguíamos por la 27, en dirección a Flamingo..., pero salíamos de la carretera mucho antes, a unas... ocho o diez millas de Florida City, tan sólo. Hay un camino de tierra a la derecha, y una vez en él, se ve la casa muy pronto. Es muy fácil de encontrar...
–Mejor, Ruth. Y ahora, vámonos para allá los tres. Cuando estemos...
–¡Yo no quiero ir allá, si no me lo dicen! –exclamó Ruth.
–¿Por qué? ¿Teme algo?
–No, pero... pero no tengo nada que hacer allí...
–Ruth, usted no lo entiende, preciosa: estará mejor conmigo, sea donde sea, que quedándose aquí. Si se quedase, quizá avisaría a alguien, pues es posible que me esté engañando. Pero recuerde esto: si usted llama a alguien y le dice que yo he hablado con usted, puede considerarse muerta. Está mucho más segura conmigo, o con la policía, que llamando a sus amigos, si es que pretende eso. En cuanto supiesen que también usted puede comprometerlos al haberla localizado yo, vendrían a matarla, como hicieron con Libby y Mae Owells.
–No es verdad... ¡No es verdad!
–No sea estúpida –gruñó Harry–. Ni me obligue a llevarla conmigo a bofetadas. Así que vístase, y andando hacia esa granja. ¿Me ha entendido? Pues mueva sus lindos piececitos manicurados... ¡Vamos, le estoy diciendo que se mueva!
Ruth se puso en pie de un salto, aterrada, y casi corrió hacia el dormitorio. Harry miró a Harriett, y le hizo una seña con la cabeza que fue exactamente interpretada, así que Harriett se fue en pos de Ruth, dispuesta a no perderla de vista.
Siete u ocho minutos más tarde, Ruth estaba al volante del coche, Harry a su lado, y Harriett, en el asiento de atrás.
–Tranquila... –dijo amablemente Harry–. Lo que quiero es llegar, sea un

minuto antes o un minuto después. ¿De acuerdo? Pues conduzca con exquisito cuidado: como si fuésemos de paseo, bella jovencita...

Poco después, entraban en South Miami. Y siempre hacia el Sur, pasaron por Perrine, Goulds, Princeton, Naranja... Aquí abandonaron la Nacional 1, hacia Homestead, Florida City...

Y finalmente, llegaron al desvío que había mencionado Ruth.

–Antes de llegar a la casa, meta el coche entre los arbustos –murmuró Harry.

Ni siquiera un minuto más tarde, el coche estaba aceptablemente escondido, fuera del camino. Ruth paró el motor, y miró a Harry, que asintió con la cabeza.

–Muy bien, Ruth. ¿Falta mucho para la casa?

–No... Si continuásemos unas cien yardas más, la vería. Pero escuche, yo...

–Usted y la señorita Baker se van a quedar aquí –cortó él–. No salgan del coche, no hagan nada. Yo voy a echar un vistazo, eso es todo. Ahora bien, si dentro de una hora no he vuelto, o en cualquier momento les parece que alguien va a molestarlas, salgan de aquí a toda velocidad. Vayan a Florida Park, y avisen a la policía. ¿Está claro?

–No –dijo Harriett.

Harry se volvió hacia ella con el ceño fruncido.

–¿Cómo que no? –gruñó.

–Si usted estuviese en lo cierto, y en esa granja...

–Escuche, señorita Baker, usted es ahora mi secretaria, no mi cliente. ¿Esto sí está claro?

–Sí, pero...

–Pues si está claro, no hay más que hablar. Primera regla: su jefe, el señor Star, debe ser obedecido sin discutir. Hasta luego.

Salió del coche, y siguió adelante por entre los arbustos. En efecto, poco más allá, llegó a un lugar desde el que divisaba la granja; la identificó en el acto como la que aparecía en las fotografías tomadas por Joe Nelligan. Cerca, había algunos pequeños pantanos, pero, delante mismo de la casa había una gran explanada, en la cual se veía una avioneta.

Y eso era todo. No parecía haber allí persona alguna. Sólo que, si había una avioneta, no se podía pensar que hubiese llegado sola.

Harry Star sacó la pistola, se aseguró de que el nuevo cargador estaba debidamente colocado, la volvió a guardar, y comenzó a acercarse cautelosamente hacia la casa. De alguna parte llegaba el canto de un pájaro...

Veinte minutos más tarde, cuando había dado casi completamente la vuelta a la granja, sin ver nada digno de interés, oyó el zumbido de un motor, y alzó la cabeza. La avioneta apareció muy pronto, reluciendo al sol, y tras una vuelta por encima de la explanada, aterrizó, quedando muy cerca de la otra. Para entonces, dos hombres habían salido de la granja, y acudieron al encuentro del piloto de la avioneta cuando éste saltó a tierra. Conversaron, mientras iban los tres hacia la granja.

Harry se acercó más, sacó su libreta de notas, y anotó las matriculas de las dos avionetas. Se estaba guardando la libreta cuando oyó el zumbido de otro motor...

Pero esta vez era un coche, que apareció a los pocos segundos por el camino, y fue a detenerse delante de la casa. Un hombre se apeó rápidamente del coche, y Harry Star quedó petrificado por el asombro.

«¿Qué te parece, Harry? –se dijo–. Nada menos que el señor Herbert Melville. ¡Y decía que no sabía nada de Joe Nelligan, ni que éste tuviese su número de teléfono...!»

De la casa habían salido los tres hombres, y estuvieron charlando con Melville, que señalaba hacia las avionetas. En una ocasión movieron negativamente la cabeza. Luego, entraron todos en la casa.

Y cinco minutos después, salían los cuatro, transportando, con evidente esfuerzo, una gran caja de madera del tamaño aproximado al de un ataúd, aunque no tenía forma de tal. Una simple caja de embalar, con la cual se dirigieron hacia una de las avionetas... Estaban ya muy cerca, cuando se oyó el sonar de un claxon, procedente del camino.

Los cuatro hombres dejaron rápidamente la caja en el suelo, y corrieron hacia la avioneta, protegiéndose con ella, mientras tres de ellos sacaban una pistola. El único que parecía no estar armado era precisamente Herbert Melville, que, desde el escondrijo de Harry, se veía pálido, desencajado el rostro.

Otro coche apareció, sonando su claxon. Fue directamente hacia la casa, se detuvo delante, y Harry contuvo una exclamación cuando vio apearse rápidamente a dos hombres, uno por la puerta del volante, y otro por la trasera derecha. Eran dos, de los cuatro que había visto la noche anterior cuando salía del apartamento de Sam Libby: los dos que habían salido en último lugar. Faltaban, pues, el que estaba seguro de haber matado y el que, sin duda, había herido por lo menos en una pierna, y luego, quizá en la cabeza o un hombro, cuando se asomaba por detrás del coche.

Melville y los otros tres hombres corrían hacia allí, pero Harry ya no les hacía ningún caso. Estaba palidísimo, contemplando a Ruth y Harriett, que salían del asiento trasero del coche...

–Santo Dios... ¿Qué hago ahora? –se lamentó.

La cosa no podía estar más clara: aquellos dos tipos habían visto el coche, se habían detenido, y habían capturado a Harriett y a Ruth. Así de simple.

Melville estaba escuchando a uno de los hombres. De pronto, se volvió hacia Harriett, y la derribó de una tremenda bofetada, gritando algo que no pudo entender. Dos de los hombres la pusieron en pie, y Melville la golpeó ahora en el estómago... Como en un plano gigantesco de una nítida película, Harry Star vio a Harriett poner los ojos en blanco, y desvanecerse, quedando colgada de los brazos de aquellos dos sujetos.

El grito de Ruth también llegó claramente a oídos de Harry. La muchacha había dado la vuelta, intentando escapar, pero otro de los hombres la alcanzó,

la hizo girar, y le dio dos bofetadas que la tiraron a los brazos de otro, que, de un golpe, la puso en ruta hacia la puerta de la casa. Los otros dos entraron los últimos, arrastrando a Harriett Baker.

Afuera, bajo el sol de la tarde, Harry Star se pasó una mano por la boca. Muy bien, podía hacer dos cosas. Una, escapar de allí a toda prisa, subir al coche, e ir en busca de la policía a Florida City. Dos, atacar a aquella gente, seis hombres, cinco de los cuales estaban armados. Lo primero, ciertamente, le parecía una cobardía. Lo segundo, con toda lógica, un suicidio.

«Pero si las dejo ahí –pensó–, no podré volver a dormir jamás en mi vida, sentiré tal asco de mí mismo que...»

Movió la cabeza, sacó la pistola, y dio el primer paso hacia la casa.

Justo entonces, uno de los del grupo de asesinos salió al porche, y gritó:

–¡Star, sabemos que está por aquí! ¡Así que escuche esto: o viene a la casa, desarmado, o vamos a por usted después de matar a las dos mujeres! ¡Tiene cinco segundos para decidirse!

Harry Star abatió la cabeza y los hombros. Muy bien, señor Star: ¿vivir o morir? ¿Dormir para siempre..., o no poder dormir nunca más durante el resto de su vida?

Dejó caer la pistola al suelo, alzó los brazos, y salió de entre la maleza. El asesino profesional tardó un par de segundos en verlo. Entonces, dio un grito, y salieron dos hombres más... Los tres se quedaron en el porche, apuntando con sus pistolas a Star, que se acercaba lentamente.

Por fin, subió al porche, y uno de los hombres se apresuró a cachearlo. Luego, se quedó mirándolo con desconfianza.

–¿No lleva armas?

–Ustedes me dijeron que viniese desarmado, ¿no? He tirado mi pistola por ahí.

–Adentro –le ordenaron.

Entró en la casa. A la izquierda del pequeño vestíbulo había una puerta abierta, y en el umbral vio a Herbert Melville, demudado el rostro, mirándole furiosamente.

–¡Maldito sea, Star...! –masculló–. ¡Es usted demasiado listo!

–Según parece, menos que usted –murmuró Harry.

Recibió un empujón en la espalda, proyectándolo hacia la habitación, que era una salita. Ruth estaba sentada en una silla, muy tiesa; pálida como un cadáver. Harriett yacía en un sillón, agitándose débilmente. Parpadeó, abrió los ojos, lo vio a él, y se sentó de un salto.

–¡Harry! –gimió.

Star no contestó. Dirigió una hosca mirada a Ruth, comprendiendo que había sido ella la que había delatado su presencia por allí; pero, realmente, ¿podía censurar a la muchacha el miedo que sentía? Seguramente, no era muy inferior al que sentía él mismo.

–¿Ha dicho algo a la policía? –oyó tras él.

Se volvió hacia el preocupadísimo Melville.

–En efecto. Deben estar al llegar, señor Melville.

–¡Le voy a...!

–Cálmese... –dijo uno de los asesinos–. Eso no es cierto. El señor Star tiene demasiadas agallas para eso, y me parece que también tiene demasiada ambición de éxito personal. Si hubiese avisado a la policía, habría venido con ella.

–¿Y usted quién es? –lo miró Harry, hosco.

–Si le sirve de algo, me llamo Malcom –sonrió éste.

Star se pasó la lengua por los labios, mientras miraba fijamente a Malcom. Luego, miró a su compañero de «profesión».

–Ustedes eran cuatro, ¿no?

–Sí, señor Star. Pero usted se cargó a dos. ¿No lo sabía?

–No. Creía que sólo había matado a uno.

–¡Qué modesto...! Pues no: se cargó a dos. Y los traemos en el coche, en el portamaletas, con Libby y Mae.

–Han tenido ustedes suerte de no pinchar un neumático, con tanta carga.

Malcom sonrió, pero Harry habría preferido que no lo hiciese, porque sintió como si un diminuto témpano se deslizase por su espalda.

–Creo –dijo Malcom, mirando a Melville– que será mejor que vayamos preparando las bombas para llevárnoslas de aquí. Es lo más prudente. Y a fin de cuentas, lo mismo da iniciar la operación desde un sitio, que de otro.

–¿Qué operación? –preguntó Harry.

–Una muy importante, señor Star.

–¿Más importante que tener un grupito de chicas complacientes, para clientes adinerados?

–¿Qué es lo que sabe usted? –farfulló Melville–. ¡Díganos todo lo que sabe, o lo vamos a hacer pedazos, maldito!

–Lo único que sé es lo de las chicas –murmuró Harry–. Pero ya supuse que había algo más. Joe Nelligan no se dio cuenta de ello, pero yo lo comprendí, cuando vi a Malcom y a los otros... Así que dejé de pensar en los asuntos de diversión como única base de todo esto. Lo que todavía no comprendo es por qué tenía Nelligan anotado el número de teléfono de usted, señor Melville.

–Mae se lo facilitó... –dijo Malcom–. Nelligan quería hacer chantaje a nuestra organización por el asunto de las chicas, sin darse cuenta de que se estaba metiendo en otro asunto mucho más peligroso... Dijo a Mae que quería hablar con el jefe de las chicas, y ella le dijo que esperase. Me llamó a mí, yo llamé al señor Melville, y él dijo que autorizase a Mae para que le diese a Nelligan su número de teléfono... Nelligan llamó al señor Melville, y éste le citó inmediatamente, proponiéndole una buena parte del negocio de las chicas, si colaboraba. Nelligan fue a verlo inmediatamente y...

–Y el señor Melville lo mató, ¿no es eso?

–Y con usted voy a hacer lo mismo –jadeó Melville.

–Espere un momento... –alzó una mano Malcom–. ¿Cómo sabe usted que Nelligan llamó al señor Melville? Eso no tiene sentido, ya que en el cadáver

de Nelligan encontramos una hoja de block con el número anotado... ¿Acaso Nelligan dejó alguna nota en su casa, que nosotros no vimos luego?

–No. Pero el número quedó grabado en la siguiente hoja del block.

–¡Oh...! ¡Caramba, señor Star! ¡Es usted muy eficiente! Pero sólo le habrá servido para ir a hacer compañía a Nelligan, a mis dos amigos, a Mae Owells, a Libby. .. No es bueno ser tan listo, ¿ve?

–¿Y dónde... está Nelligan?

–En el golfo de México.

–¿Lo tiraron al mar?

–Muy bien empaquetado. Usted, y estas dos damas, seguirán su misma ruta. Jamás los encontrarán. Los cargaremos en una avioneta, volaremos sobre el mar, abriremos la trampilla..., y usted, sus dos amiguitas, Libby, Mae Owells y mis dos amigos, desaparecerán para siempre. ¿Algo más?

–Sí... –sonó, ronca, la voz de Harry–. ¿Esas dos avionetas llevan trampilla?

–Esas y otras más, que irán viniendo durante el resto del día.

–¿A recoger las bombas?

–Sí –rió quedamente Malcom–: a recoger las bombas.

–¿Y esas bombas piensan ustedes, en algún momento, descargarlas desde la avioneta, en alguna parte?

–Exactísimo, señor Star.

–¿Sobre qué, dónde...?

–Ya está bien –gruñó Melville–. Matémoslos a los tres y carguemos un par de bombas en cada avioneta. Cuanto antes terminemos, mejor.

–Me parece que nos estamos alarmando por nada –reflexionó Malcom–. El señor Star no ha dicho nada a nadie, señor Melville. Podríamos seguir aquí.

–Escuche, Malcom, a usted y a mí nos pagan esos sudamericanos que vienen periódicamente a ver que todo esté bien y a darnos instrucciones. Una de las instrucciones que siempre recalcan es que a la menor señal de peligro debemos...

–Está bien, está bien. No vamos a olvidar que los sudamericanos ponen el dinero para comprar las bombas, ni que ellos, a su vez, están obedeciendo instrucciones de otras personas que quieren la perfección. Yo me encargaré de las bombas, y usted de avisar al enlace sudamericano para que no vuelvan más a Miami..., a divertirse con unas cuantas chicas. Pobrecitas... Son todas tan tontas, que jamás podían darse cuenta de que las fiestas eran sólo una tapadera para las reuniones, ni que por las noches iban llegando las cajas con las bombas, en camionetas con letreros de supermercados...

–Estamos alargando esto demasiado –refunfuñó Melville–. Mate a Star y a las dos mujeres, y acabemos.

Malcom apuntó con su pistola al pecho de Ruth, que desorbitó los ojos, abrió la boca...

Plop.

Harry Star llegó tarde en su salto, para impedir que Malcom efectuase aquel disparo... Cuando cayó sobre Malcom, Ruth se deslizaba ya de la silla al

suelo, muerta, desencajado el rostro en una mueca de espanto y dolor. Y ni siquiera pudo golpear a Malcom, o intentar quitarle la pistola, porque su compañero le golpeó en un lado de la cabeza con la pistola, derribándolo de lado... Malcom se le acercó, y le golpeó con un pie en el vientre, haciendo girar a Harry, encogido. Todavía le golpeó otra vez..., mientras otro de los hombres frenaba con violentísima bofetada a Harriett, que se abalanzaba hacia Harry.

Éste quedó unos segundos encogido, oyendo, muy lejana, la voz de Malcom:

–Si lo que quería era ver una muerte, señor Melville, ahí la tiene. En cuanto al señor Star, le tengo reservado algo mucho más emocionante: no nos gustó nada que matase a Roark y Watkins... ¿Verdad, Cornell?

–Verdad –susurró el otro asesino.

–Así que, señor Melville –lo miró fríamente Malcom–, usted regrese a Miami, y ocúpese de advertir a los sudamericanos de que no vuelvan por aquí, que próximamente les diremos dónde serán las siguientes reuniones para agrupar todas las bombas y trazar los últimos planes para su lanzamiento. Yo me ocuparé de lo de aquí..., incluyendo al señor Star, y a la pelirroja. Adiós, señor Melville.

Éste vaciló un instante. De pronto, se acercó a Harry, y le propinó un feroz puntapié en los riñones.

–¡Toma esto, perr...!

La señorita Baker volvió a la carga, cayendo sobre Herbert Melville, uñas en ristre. La agresión fue tan inesperada para éste que, cuando se dio cuenta, las uñas de la flamante secretaria de Harry Star se habían llevado cuatro delgadas tiras de piel de sus mejillas, y parecía dispuesta a volver a la carga... Melville lanzó un rugido de dolor y de furia, y se abalanzó a su vez contra Harriett, deteniéndola de un puñetazo en el vientre que la dejó sin aliento, lívida, inmóvil, con la boca angustiosamente abierta. Y sin transición, Melville comenzó a abofetearla..., mientras Harry Star comenzaba a ponerse dificultosamente en pie..., con lo que se ganó otro puntapié en el estómago, ahora por parte de Cornell, que lo derribó de nuevo, prácticamente sin sentido.

Mientras tanto, Malcom se acercó a Melville, y le quitó a Harriett de las manos, de un tirón, dejándola caer al suelo.

–¡Ya basta! ¡Estos dos los quiero para mí, Melville! ¡Márchese a hacer su parte!

–Está bien... –jadeó Melville–. ¡Pero mátelos!

–No se preocupe por eso: tengo tanto interés como usted.

Herbert Melville miró a Harriett, luego al semidesvanecido Harry, y se dirigió hacia la puerta. Segundos después, se oía el motor de su automóvil, que se fue perdiendo en la distancia.

Hubo un instante de silencio completo, hasta que Malcom miró a su compañero.

–Quédate vigilando a éstos. Nosotros...

–¿Por qué no acabamos con ellos, de una vez? –gruñó Cornell.

–Te lo diré: quiero tirarlos a los dos al mar..., pero vivos. No me ha gustado nada que este tipo matase a Roark y Watkins, ya lo sabes. Vigílalos... Y empieza a atarlos, mientras nosotros vamos a cargar en la avioneta más grande esa primera bomba que hay afuera, y a los demás.

–Está bien.

–Dos de vosotros –señaló Malcom a Ruth–: cargad con ésa.

Harriett esperó a que los cuatro hombres saliesen, para acercarse a Star, que no reaccionaba, y tenía el rostro blanco como la leche.

–Harry... –le tocó ella, en un hombro–. Harry, Harry...

–Apártese de ahí si no quiere que le rompa la cabeza –gruñó Cornell.

La ayudó a apartarse con un rudo empujón, y como ella parecía dispuesta a volver junto a Star, alzó el rollo de cuerdas que había descolgado de la pared, y le lanzó un trallazo que le habría deshecho la cara con las ásperas cuerdas, si Harriett no hubiese alzado los brazos. Pero el golpe fue suficiente para derribarla, y Cornell se arrodilló junto a Harry, y lo colocó boca abajo. Puso el brazo izquierdo de Star hacia la espalda, alargó la mano para hacer lo mismo con el derecho, asió la muñeca de Star...

Y no necesitó tirar de ella para que el brazo subiese. No hacia la espalda, sino mucho más arriba: el codo de Harry Star golpeó de lleno, con terrible fuerza, el ojo derecho de Cornell, que lanzó un sordo rugido, soltó las cuerdas, se llevó las manos al ojo... Pero respingó, comprendiendo en seguida su error, y llevó la mano hacia la pistola, la sacó... Harry Star cayó sobre él, justo entonces. Sujetó la muñeca derecha de Cornell con su mano derecha, pasó detrás del asesino y le rodeó la garganta con el brazo izquierdo.

Harriett se había puesto en pie, pero parecía no saber qué hacer, contemplando la escena con los ojos muy abiertos.

–La... pistola... –jadeó Harry–. ¡Harriett, la pistola...!

Pero la pistola estaba todavía en la mano de Cornell, que podía disparar en cualquier momento. Harry hizo salir su rodilla derecha por un lado del cuerpo de Cornell, le bajó el brazo armado con toda la fuerza de la desesperación, y el codo de Cornell golpeó allí. La pistola saltó de la mano, mientras Cornell, sofocado por el fortísimo abrazo por detrás, ni siquiera podía gritar el terrible dolor del codo. Y mientras tanto, Harry Star le soltó el brazo, unió su mano derecha a la izquierda, por delante de la clavícula derecha de Cornell, y el cepo se cerró mucho más fuertemente.

Cornell dio un tirón, quiso saltar, quiso golpear hacia atrás... Finalmente, se tiró al suelo de espaldas, aplastando con su peso a Harry. Pero la presa estaba definitivamente cerrada. Star pasó sus piernas hacia las ingles de Cornell, las cruzó allí, y siguió apretando, con el cuerpo del asesino encima suyo.

Apretó, apretó, apretó...

De pronto, lo soltó, lo apartó hacia un lado, y se puso de rodillas, jadeando, cubierto el rostro de sudor. Le dolía el vientre, la cabeza, el pecho; le

zumbaban los oídos, no veía bien.

–Harry... –oyó ante él...–. Harry...

Sacudió la cabeza, separó los párpados con fuerza, y vio a la señorita Baker arrodillada ante él, aterrada.

–Harriett, la... la pistola. .

–Sí... sí.

Notó la pistola en la mano. Luego, ella le ayudó a ponerse en pie, y Star volvió a sacudir la cabeza.

–Harry, ¿está bien? –casi lloraba Harriett–. ¡Dios mío, esto es horrible, estos hombres...!

–No se mueva de aquí –pudo articular Harry.

Salió de la salita, dando bandazos de un lado a otro, casi cayendo. Se acercó a una de las ventanas del porche, y a través de los cristales, vio a los cuatro hombres, cada uno de ellos cargado con un fardo envuelto en una manta, bien atado, caminando desde el coche hacia la avioneta. Los cuatro cadáveres: Mae, Libby, y los llamados Roark y Watkins, los que él había matado...

Malcom y los otros colocaron los fardos en una de las avionetas, invirtiendo en ello tres o cuatro minutos, durante los cuales Harry Star se despejó completamente.

Lo bastante, desde luego, para tomar una decisión de la que dependía todo.

Los cuatro hombres caminaban, ahora, hacia donde había quedado la caja conteniendo la bomba. Esto es, que se iban acercando a la casa. Harry Star abrió un poco la ventana, alzó la pistola, y apuntó al pecho del asesino, serenamente, fríamente.

Plop, disparó la pistola de Cornell.

Treinta metros más allá, Malcom se detuvo en seco, alzando los brazos y estremecido todo el cuerpo. Inmediatamente, cayó de bruces, recto como un poste.

Los otros tres tuvieron una brevísima vacilación, tras la cual dieron media vuelta y corrieron hacia la avioneta, sacando sus pistolas, volviéndose para mirar hacia atrás.

–A vosotros ya os cazarán –farfulló Harry.

Apuntó hacia el coche, hacia donde sabía que aquel modelo tenía el depósito de gasolina.

Plop.

Se quedó atónito, contemplando el coche. ¿Había fallado el disp...?

De pronto, una llamarada y una bola de negro humo brotó del coche. Con el rugido de la intensa llamarada oyó la exclamación de uno de los hombres, que apareció por detrás de la avioneta, puso un pie en la escalerilla para acceder a su interior...

Plop, disparó de nuevo, Harry Star.

Oyó perfectamente el chillido, y el hombre cayó de espaldas en la explanada. Luego, arrastrándose velozmente, regresó hacia la protección que

representaba la avioneta, mientras detrás de ésta aparecía otro de los hombres, corriendo hacia la otra avioneta, más alejada.

Plop, efectuó otro disparo, Harry Star.

El hombre gritó, dio una vuelta en el aire, cayó completamente de espaldas, y se quedó inmóvil. Harry miró hacia la avioneta más cercana, y vio a los otros dos, uno cojeando, que corrían hacia los matorrales, alejándose.

–Ya lo creo que os cazarán... Lo que me interesa es que no os acerquéis a las avionetas, ni a la casa. Por lo demás, corred cuanto queráis, que no iréis muy lejos, sabandijas.

Luego, miró satisfecho la gran humareda que brotaba del coche de los asesinos.

Capítulo X

Herbert Melville colgó el teléfono, y se quedó mirándolo, pensativo. Bien, ya había avisado al enlace de los sudamericanos, de modo que podía estar tranquilo a ese respecto. En cuanto a Star y la pelirroja, no tardarían mucho en morir...

¿Qué quedaba? ¿Dejaba algún cabo suelto?

Durante unos minutos, reflexionó sobre esto, buscando algún posible fallo que pudiera ponerle en peligro. Pero no. No había fallo... Ninguno. Le había costado tiempo y paciencia conseguir la comunicación, pero ahora, por su parte, todo estaba hecho.

Miró su reloj, y asintió con la cabeza. Sí, lo mejor sería que fuese a su club, como cada día. Nada de asustarse. Vida normal, tranquilo... Eso era lo que tenía que hacer. Se puso en pie, fue hacia la puerta, y de pronto se detuvo en seco. Dinero. Regresó tras la mesa de su despacho, abrió la caja fuerte empotrada, sacó un gran fajo de billetes...

–Estupendo... –oyó, tras él–. ¡Cuánto dinero, señor Melville!

Herbert Melville se quedó paralizado de terror, lívido como un muerto. Cuando, reaccionando, se volvió, vio, en efecto, a Harry Star, apoyado en la puerta, con una pistola en la mano, y mirándolo con un gesto sonriente muy extraño.

–Star... –alentó Melville.

–¿Puede concederme unos minutos, señor Melville?

–Sí... Sí, sí, sí...

–Muy amable. Deje el dinero sobre la mesa, camine hacia ese sillón –lo señaló Harry–, y siéntese. Luego, muy despacio, ponga las manos sobre su inteligente cabeza. A partir de entonces, cualquier movimiento que haga atraerá hacia usted un montón de balas. ¿Comprendido?

Herbert Melville asintió con la cabeza. Obedeció, punto por punto. Ni siquiera parecía respirar cuando Harry Star, pasando tras él, le cacheó rápidamente. Luego, Star fue hacia la mesa, tomó el fajo de billetes, le echó una experta ojeada, y sonrió de nuevo, guardándose el dinero.

–Es para un piano, ¿sabe, señor Melville? –dijo–. Pero no para mí, sino para la señorita Baker. ¿No quiere saber dónde está ella, ahora?

–¿Dó... dónde...?

–En un hospital de Homestead, debido a los golpes que usted le dio tan... generosamente. ¡Oh, no es nada importante!, pero en estos casos, siempre es mejor andar prevenidos; podría haber alguna pequeña hemorragia interna, cosas así... De modo que como la vi muy decaída, la dejé allá, para que la tengan veinticuatro horas en observación. Los dos deseamos que no sea nada grave, ¿verdad, señor Melville?

–Sí... Claro, sí.

–Usted se está preguntando cómo es posible que yo esté en estos momentos aquí, ¿no es cierto? Pues voy a tener la amabilidad de contestarle: les di un disgusto a sus amigos, disparé contra el coche de Malcom para que

se incendiase el depósito, y, tal como había yo calculado, salió una nube de humo tremenda... Así que a los pocos minutos, ya teníamos allí a dos muchachos de la Highway Patrol, que llamaron a los bomberos, a la policía..., y casi en seguida llegaron unos tíos del FBI, y registraron la casa, encontraron todas las bombas de napalm, organizaron la captura de dos de sus amigos, que corrían por los pantanos... Ya deben haberlos cazado. Mientras tanto, yo llevé a la señorita Baker a Homestead, y luego me dije: «¿Por qué no hacerle una visita de cortesía al señor Melville, que le ha pegado tanto a mi secretaria?»

–Escuche, Star, podemos... podemos llegar a un acuerdo...

–¿Sí?

–Tengo... tengo mucho más dinero en la caja, y en el Banco. Soy muy rico. Le pagaré lo que me pida.

–¿Un millón de dólares?

–Sí.

–Trato hecho. Y hasta es posible que lleguemos a ser socios, o algo parecido, ¿verdad? Claro que para eso yo tengo que saber antes de qué va el negocio. ¿Cuál era el destino de esas bombas?

–Unas... instalaciones petrolíferas de Texas...

–Ya. ¿Y qué querían conseguir con eso?

–Era... era la primera fase de una gran acción que se llevaría a cabo, más adelante. Una especie de prueba. Teníamos que quemar algunos pozos importantes, destrozar las instalaciones... Usted ya sabe que hay una crisis mundial de petróleo por culpa de los árabes...

–Cada cual utiliza las armas de que dispone –frunció el ceño Star–. ¿Debo entender que ustedes querían dificultar aún más la disponibilidad de combustible de los Estados Unidos?

–Sí... Exactamente.

Harry lo miró incrédulamente.

–¿Quemando unos cuantos pocitos o destruyendo unas pocas instalaciones? Vamos, vamos, señor Melville... Eso sería como robarle cinco centavos al señor Rockefeller, ¿no le parece? Es absurdo.

–Ya le he dicho que era... una prueba, la primera fase. Muy pronto, muchas más avionetas dejarían caer sus bombas de napalm en otros yacimientos petrolíferos norteamericanos. Y luego, está preparada una amenaza general a todos los yacimientos... La amenaza consiste en advertir que no se respetarán vidas de obreros, ni de nadie que esté cerca de los pozos...

–Espere. Ya lo entiendo. Ustedes, por medio del pánico, querían detener completamente la producción petrolífera de los Estados Unidos. ¿Es eso?

–Sí. Se trataba de... de provocar un colapso terrible en todo el país.

–¿Con qué objeto?

–No lo sé. ¡Se lo juro, no lo sé! Yo trabajo para unos sudamericanos, y a ellos los envían otras personas. Creo..., creo que los utilizan como pantalla, por si algo fracasaba.

–¿Y quiénes son esas otras personas?

–No lo sé. Yo sólo conozco a los sudamericanos que vienen a Miami con el pretexto de hacer turismo, divertirse... Por eso organicé todo eso de las chicas que iban a la granja... Si alguien se fijaba en nosotros, sólo vería a unos cuantos turistas divirtiéndose. No sé nada más, de veras... No sé quiénes pagan y dirigen a los sudamericanos, a esos hombres que...

–¿Podrían ser los rusos, señor Melville? ¿Los chinos? ¿Los árabes? ¿Los...?

–¡Le digo que no lo sé! Sólo sé que querían provocar ese colapso en el país, pero no sé para qué, ni quiénes son realmente los que tienen interés en eso.

–Pero los sudamericanos sí lo saben, ¿no?

–No lo sé... Quizá alguno de ellos sepa algo, pe... pero he dado la señal de alarma, y ya no vendrá ninguno. Uno de ellos los avisará, y ya no volveré a saber nada de ellos hasta que me vuelvan a llamar... Pero si la policía me detiene, nunca me llamarán. Por eso le propongo...

–¿De dónde sacan las bombas?

–Las compro a unos... a unos fabricantes de armamento, del país. Las pagamos muy bien, así que...

–Por Dios... –murmuró Harry–. Estoy a punto de vomitar oyéndole, Melville. No me diga nada más. No quiero saber nada más de usted, ni de esa gente. Son unos puercos que están traicionando a los Estados Unidos, están espiando no saben a favor de quién, están organizando un sabotaje a gran escala... Cierre esa sucia boca, porque yo me voy. Ya se las entenderá usted con el FBI.

–¿El... el FBI...?

–Hay unos cuantos tipos de ésos, ahí fuera. ¿Cómo cree que he podido entrar tan lindamente en su casa y en su despacho? Han venido a por usted, pero me han enviado por delante, a ver si lo engañaba, si le sacaba algo... Una pequeña ayudita. Y estoy arrepentido de haber aceptado, porque me caigo de asco, me muero de asco... ¡Al demonio! Ya se las arreglarán usted y los del FBI para digerir este bocado tan repugnante. Yo me largo. Pero antes, Melville, tengo un recado para usted.

–¿Un recado...? ¿De quién?

–De Harriett Baker.

Herbert Melville no comprendió, de momento. Pero intuyó que algo iba a empeorar todavía más cuando Harry Star lo asió con una sola mano por ambas solapas, y lo puso en pie. Entonces abrió la boca..., y Harry Star se la cerró de un gancho, que hizo crujir sus mandíbulas como si fuesen de madera.

–Te voy a enseñar cómo se pega... –jadeó Star.

Le hundió el puño en el vientre con tan escalofriante fuerza que Melville pareció quedar atravesado, colgando del antebrazo.

–...Y así, cuando pegues a una mujer...

La nariz de Melville quedó convertida en papilla, de un escalofriante directo...

–...Sabrás cómo tienes que pegarle...

Los dientes de Herbert Melville pasaron a su cogote debido al tremendo trastazo recibido en la boca.

–...Para hacerle daño de verdad, y dejarla...

El puño derecho de Star se hundió en el pómulo de Melville, rasgándolo como si fuese de papel mojado...

–...Convertida en una piltrafa. Pero te agradezco...

Herbert Melville, con los ojos en blanco, iba de un lado a otro a golpes, manoteando, gimiendo.

–...Que a Harriett no le pegases en la cara, porque...

Otro trastazo.

–...Aunque es fea y vieja, me gusta, y pienso...

–¡Star, ya basta! –oyó Harry, mientras unas fuertes manos le sujetaban por los brazos–. ¡Ya está bien!

Intentó desasirse, pero no lo consiguió. Se quedó mirando, con los ojos poco menos que echando llamaradas, al hombre que apareció ante él, intentando sujetar a Melville, que se desplomó como una masa muerta.

Harry Star cerró los ojos, y suspiró profundamente. Cuando abrió los ojos, aquel hombre se ponía en pie junto a Melville, diciendo:

–Está vivo, podremos llevarlo a la Delegación y ver si le sacamos algo más. Yo creo que algo conseguiremos. Dejad ya a Star, parece que se ha calmado.

Las manos se retiraron de los brazos de Star. Éste miró hacia Melville, miró al otro, a los hombres que le contemplaban desde varios puntos del despacho.

–¿Puedo marcharme? –susurró.

–No. Lo vamos a necesitar durante toda la noche, Star.

–Pero yo quisiera...

–Lo siento. Mucho me temo que lo necesitaremos durante un día, quizá dos.

–¿Y luego?

–Supongo que lo dejaremos marchar, le diremos que se ha portado muy bien, y que ya sabe dónde deja unos amigos.

Harry Star movió la cabeza, y, de pronto, sonrió.

–¿Pero no me darán la Medalla de Honor del Congreso?

–¿Quién sabe? –le sonrieron.

Éste es el final

–Pandilla de desgraciados... –farfulló Star, cuando veintiocho horas más tarde lo dejaron marchar–. ¡Qué me habíais de dar vosotros, desgraciados! Ni la Medalla de Honor del Congreso, ni nada. Y aún debo estar contento, porque me habéis dado las gracias. ¡Las gracias...! ¿Para qué demonios quiero yo las gracias?

Barbudo, macilento, con aspecto derrengado, Harry Star encontró las fuerzas suficientes para alzar un brazo en dirección a un taxi. Se sentó dentro, y suspiró.

–Al 764 de la North West 50th.

–Sí, señor –el taxista, que le miraba por el retrovisor, respingó de pronto, y se volvió–. ¡Oiga! ¿No es usted Harry Star?

–Pues sí... –parpadeó Harry–. ¿Cómo lo sabe?

–¿Que cómo lo sé? –se pasmó el hombre–. ¡Pero si es usted el tío más famoso del país, amigo!

–¿Yo? –quedó boquiabierto Harry.

–¿Qué le pasa? –rió el taxista–. ¿Está tan dormido que no se ha dado cuenta de que le están haciendo cientos de fotografías? ¡Eche una mirada a estos periódicos! ¡Los he comprado todos! Es usted un tío grande, señor Star.

Estupefacto, Harry tomó los periódicos, y comenzó a verse fotografiado, entre grandes titulares que hablaban del supuesto incendio en las proximidades de Florida City, las bombas de napalm halladas en una granja, los asesinatos de Joe Nelligan, Mae Owells, Sam Libby...

–¡Caracoles...! –exclamó–. ¡Soy famoso!

–¡Vaya que lo es! Y hemos llegado, señor Star.

–Pues sí... ¡Caracoles! Tenía sueño y estaba reventado, pero esto me ha despejado un horror. Sí, señor: sólo tengo que ducharme, afeitarme, y salgo como un rayo hacia Homestead ¿Cuánto le debo?

–¿Está de broma? ¡Yo no me pierdo la fanfarronada de haber llevado gratis en mi taxi a Harry Star, amigo! Y nada de propina.

–Bueno, pues... ¡Caracoles, soy alguien!

Salió del taxi, y subió a toda prisa a su apartamento. Un minuto después estaba en la ducha, donde se quedó extasiado, con el agua caliente cayéndole sobre la cabeza.

«Señor Star –dijo aquella voz en su interior–. Hay un follón tremendo en País Dichoso. El rey de allá le ofrece cien millones de dólares para que lo solucione.»

«Señor Star: soy la bellísima y famosa actriz Lulú Lalá Me han robado el collar de brillantes, que era recuerdo de mi duodécimo marido, al que quería muchísimo, pobrecito. ¿Qué me pide usted por recuperarlo?»

«Señor Star, han cometido el atraco del siglo en...»

Harry Star sacudió la cabeza, y la voz dejó de sonar dentro de ella. Acabó de ducharse, se afeitó, se vistió silbando alegremente, se puso su mejor corbata, y finalmente fue a mirarse al espejo.

«Eres alguien, señor Star. Y ahora..., ¡a Homestead!»

Ringggg, sonó el timbre de la puerta.

Harry Star miró su reloj, y frunció el ceño. Iba a enviar al demonio a quien fuese, desde luego. Estaba fuera de sí por ver a Harriett... Sí, señor, se quedó perplejo: ésa era la verdad, estaba loco por verla, y saber que estaba bien...

–¿Qué te parece? –masculló–. Bueno, de todos modos, si le quito ese horrible moño, y le pongo una minifalda, y...

Ringggg...

Fue a abrir la puerta, con cara de no recibir a nadie. La abrió, abrió también la boca, y se quedó así, contemplando a la muchacha que parecía dispuesta a volver a llamar. Era tremenda. Alta, esbelta, con unos zapatitos modernísimos, vestida con jersey y minifalda de color negro, escote alucinante, piernas increíbles... ¿Y la cara...? ¡Qué cara! Deliciosa, sabiamente maquillada de modo que los verdes ojos parecían enormes. Y la boquita tan sonrosada y dulce... Y aquel cabello rojo, largo, suelto, tan precioso... ¡Santo cielo!

–¿Qué... qué... qué desea... usted? –tartamudeó Harry.

–Quería saber si mañana tengo que ir a la oficina –dijo la voz conocida.

–Pues no sé. ¡Ah! ¡Es usted, Harriett...! Pase, por favor... –ella entró, él cerró, se volvió hacia la muchacha, y, de pronto, dio un salto y un alarido–. ¡Harriett...! ¿Es usted?

–Sí, claro... –dijo Harriett–. ¿Por qué lo duda?

–Po... po... po... po... po... po... porque... ¡Maldita sea mi estampa, lo ha echado todo a perder, Harriett!

–¿Yo? No... no comprendo a qué se... se refiere.

–Iba ahora mismo a Homestead, a pedirle que se casase conmigo... –farfulló Harry–. Pero eso era cuando usted... cuando usted era fea y vieja, y...

–¿Y ahora no le gusto? –se abrieron mucho los ojos de ella.

–¡Que si me gusta...! ¡Que si me gusta...! –Harry Star comenzó a mover los brazos desesperadamente, caminando de un lado a otro del apartamento, como si fuese a echarse a volar–. ¡Claro que me gusta! Pero, ¿cómo va usted a creer que ya la amaba antes, y que no se lo digo ahora porque esté experimentando una pasión efímera que...?

–Por Dios... –rió deliciosamente Harriett–. ¡Qué tonterías está usted diciendo, señor Star! ¡Pasión efímera! Eso es una cursilería, además. Y por otra parte, usted también podría pensar eso de mí, porque me enamoré de usted como una loca el primer día que lo vi, tan guapo, tan... tan...

–Harriett... –amenazó Harry–. ¡Harriett, que me lanzo!

–Bueno –dijo ella.

–¿Bu... bueno...?

–Buenísimo.

–¡Ah...! Bueno, yo... yo tengo doce mil dólares, y he... he pensado en comprarle un piano... ¿Qué le parece?

–Magnífico. Le enseñaré a tocarlo, desde luego, señor Star.

–¡No me llames más «señor Star»!
–¿Cómo debo llamarte?
–Pues... Harry, a secas.
–Lo haré si tú me llamas Harriett..., a secas. Es que me gustó mucho eso de Harry y Harriett, ¿sabes? Lo podríamos poner en la puerta de tu oficina, y...
–Nada de eso; lo pondremos en nuestras tarjetas de visita: Harry y Harriett, marido y mujer. ¿Qué te parece?
–Bueno.
–¿Bueno?
–Buenísimo, Harry.
Star se acercó, la abrazó por la cintura, y susurró:
–¿Y si nos fuésemos a Flamingo, y nos casáramos esta misma noche, y...?
–Buenísimo –susurró también Harriett–. Si ya no te parezco vieja...
–¿Vieja? ¡Te rebajo la edad ahora mismo a veintiséis años! ¿Qué digo...? ¡A dieciséis, a...!
–Para... –murmuró ella, besándole en los labios–. Para, Harry, porque si me rejuveneces tanto, no podrás cumplir tus planes para Flamingo. Y yo preferiría...
Harry Star ya sabía eso, así que la besó en los labios... Y así estalló la bomba *HARRY and HARRIETT*.